

CORRESPONDENCIA

TIERRA SANTA

Profanación del Santuario betlemítico

Un reverendo Padre franciscano escribe desde Jerusalén con fecha de 30 de Octubre de 1893:

Con razón podemos exclamar los hijos de San Francisco de Asís, establecidos siete siglos ha en los Lugares Santos: «Todas las naciones hanse congregado para perdersnos;» pues si antes éramos perseguidos casi únicamente por el Islamismo, y máxime por los focianos, nestorianos y demás herejes, ahora lo somos, y con más fatales consecuencias, por los que se dicen hermanos nuestros é hijos de la Santa católica Iglesia. De donde de hoy en adelante será difícilísimo al franciscano misionero vivir en Palestina con seguridad de la propia vida, é inmune de innumerables sustos y vejaciones: evidéncialo, sino, el suceso sacrilego acaecido el día 26 del mes actual á las tres y media de la tarde, dentro de la Santísima Gruta del Nacimiento del Hijo de Dios en la ciudad de Belén.

Según costumbre, nuestra venerable Comunidad betlemítica, á quien este año gobierna Guardián español, practicaba á la susodicha hora la cotidiana procesión á los Santuarios existentes en la Basílica de la Natividad, muy ignorante, por cierto, del atentado que la amenazaba: acompañábanla por primera vez seis nuevos misioneros españoles, procedentes de los colegios franciscanos de Compostela y Chipiona. Al penetrar aquélla en la Gruta Santísima del Nacimiento y Pesebre, encontró el tercer sacristán nuestro, Fr. Liberato, á un genízaro ruso, acompañando á dos personajes de la misma nación de éste. Avisólos aquél con urbanidad se retirasen, á fin de que nuestros Religiosos ejercieran sus oficios y adoraciones, entrando en tanto la procesión. Los dos personajes al punto se apartaron; mas el genízaro rehusó hacerlo; segunda vez fué avisado éste, y segunda vez se opuso al aviso. En atención á esto, el sacristán Liberato le cogió de un brazo, según deber

suyo, para separarle del lugar santo; por cuya justa acción comenzó el genízaro á sacudir á nuestro Hermano con un látigo, echando seguidamente mano al revólver y le disparó tres tiros. Los dos primeros no le tocaron, pero el tercero, disparado á quemarropa, le hirió mortalmente en la parte superior de la ingle. Al contemplarse el pobre agredido, acometido de arma de fuego y herido ya, pidió auxilio: empero al recibirle de otros dos Religiosos legos (italianos), que se arrojaron inmediatamente sobre el asesino, así que oyeron pedir socorro, ya caía sobre el sacro pavimento.

No se satisfizo con una muerte el genízaro, sino que al instante de sentirse sujetado por los sobredichos Religiosos, disparó otros dos tiros: uno al anciano y venerable P. Rafael, de edad de setenta y cinco años, porque gritó ayuda para el agredido, y otro que, afortunadamente, se perdió. Este Padre (italiano), que sirve á la Santa Custodia hace cuarenta y ocho años, ha sido herido en la parte baja del costado izquierdo, y en medio del brazo de la misma parte: la primera herida parece que no ofrece gravedad, aunque se ignora si tiene dentro la bala; mas la segunda, considerados sus años, sí; pues tiene fracturada la rótula y los huesos del antebrazo. Un solo disparo le quedó al malhechor, con el que indudablemente hubiera á su satánico furor sacrificado la vida de algún otro inocente Religioso si los dos arriba expresados no le hubieran asido fuertemente (y quitándole el revólver), teniéndole sujeto, hasta tanto que le prendieron los soldados. En el re-

chazo que hicieron las balas, á causa de tropezar con la piedra viva y en lugar tan reducido, fué herido en un pie el H. Bienvenido (italiano).

Ahora bien, ¿quién es este genízaro ruso que tan atroz atropello ha perpetrado? Es de Europa, un cabo del ejército austriaco, un súbdito de Austria, aunque natural de Dalmacia, y un sirviente de los rusos en Jerusalén.

El cónsul general ruso (en Jerusalén) se personó ante el tribunal jurídico turco de Belén, dando de puños á los de la curia y gritando loca y desaforadamente:

—Yo soy el cónsul general de Rusia; éste es súbdito mío (cuando ya el asesino había confesado ser súbdito austriaco); le han provocado los latinos; sean aprisio-



Ilmo. Sr. D. PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA Y DÁVALOS
arzobispo de Méjico. (Pág. 571)

nados éstos; entrégueseme mi genizaro con su revólver, etc., etc.

A lo cual le contestó el mudir (gobernador):

—El reo, con su arma, permanecerá aquí prisionero, no está en nuestra mano entregároslo.

Y como aun colérico, replicase, ordenó el tribunal al oficial y soldados presentes calasen las bayonetas é hiciesen frente al cónsul provocador. Así la cosa, dijo á éste el mudir:

—Si S. E. es capaz de tomar el reo ahora, tómelo.

Salióse, por consiguiente, del tribunal el tal cónsul, hecho todo una furia, volviéndose seguidamente á Jerusalén: á ésta fué trasladado, maniatado, el asesino en la misma noche, por un piquete de soldados.

Al día siguiente (27) presentóse al bajá jerosolimitano el dicho cónsul, exigiéndole la destitución del gobernador de Belén y la prisión del oficial y de un soldado simple, que en el expresado tribunal, más en particular, le hicieron frente, por haberle faltado al respecto según su exaltado juicio, cuando es la pura verdad que en un caso semejante hicieron con él menos de lo que debían: no obtuvo, empero, del bajá su injusta pretensión, como tampoco hablar, según pedía, con el prisionero. Telegrafió, por tanto, á Constantinopla á la embajada rusa, é inmediatamente (como más puntual que nuestra embajada protectora, que ha tenido á veces tres y más meses en olvido las causas de Tierra Santa), vino por telegrama la prisión del soldado y oficial y la deposición del mudir betlemitano.

En el actual acontecimiento desgraciado es preciso que se nos haga justicia, y justicia rectísima; de lo contrario, nuestras vidas y derechos católicos no están seguros; los católicos aquí peregrinantes ó domiciliados, tampoco; los Santuarios de Belén, según se ha permitido decir un presbítero cismático, se nos arrancarán (á la catolicidad) poco á poco.

El día 27 ó 28 entregó el bajá jerosolimitano el reo al cónsul austriaco, como propio súbdito suyo, á quien aquél tiene prisionero en su mismo consulado de Jerusalén. Este mismo señor cónsul, como el francés, italiano y aun prusiano (como más interesados en el asunto actual), trabajan lo que no es decible, según noticias, por el feliz éxito de nuestra causa, y, por lo tanto, del pobre depuesto mudir y del oficial y soldado prisioneros, yendo, por lo mismo, contra el cónsul ruso, á quien á sus mismas barbas le han echado en cara sus injustos atropellos y su soberbia. Basta que á tales señores cónsules se les atienda prontamente en Constantinopla por sus embajadas.

Si así no sucede, vuelvo á repetirle que se preparan días tristes para los católicos en Jerusalén.

GOLFO DE GUINEA

XV

Mistones de Fernando Poo.—Bahía de la Concepción

AVIDOS los misioneros de propagar el reinado de Jesucristo y desterrar lo más pronto posible la vergonzosa superstición con que allí se da culto al demonio, no podían menos de levantar las manos y los

ojos al cielo, pidiendo una nueva Misión para aquella bahía, que veían tan lejos de su campo de batalla. Admitida la propuesta en el Ministerio de Ultramar, dispusieron los misioneros de Santa Isabel á tomar posesión de aquella parte de la isla en que tan á sus anchas andaba el maligno Morimó.

Imposibilitado el reverendísimo Padre Prefecto para visitar y enterarse del nuevo punto de combate, encargó la comisión al siempre simpático, laborioso y entusiasta P. Juanola, quien nos describe en los siguientes términos las impresiones del viaje:

«El lunes de Pentecostés, á eso de las cuatro de la tarde, embarquéme en la bahía de Santa Isabel, en un bote que no era propio. Cuarenta y cinco millas nos tocaba recorrer sobre unas aguas turbulentas, máxime en la estación lluviosa, costeano siempre en dirección al Sur. La travesía, con todo, fué feliz y rápida: veintidós leguas solamente empleamos en cruzar el largo trayecto; sin otro incidente que un aguacero atroz que nos recordó la época del diluvio; quedamos que ni el bacalao en remojo.

«Con todo íbamos frescos y contentos, divirtiéndolo poca numerosa tripulación los monótonos cantares de los remeros, que al compás de sus remos, hendiendo con maestría las aguas, nos conducían volando por el agitado mar. Mas ello se pasó, y llegamos á la tan suspirada bahía. Nada digo de los vistosos paisajes que se ofrecieron á nuestra vista, como tampoco de la prodigalidad que ha mostrado el Autor de la naturaleza en estas costas; es necesario haberlo visto para formarse una idea.

«Esta hermosa bahía de la Concepción es de muy bella perspectiva. Abierta al S. E., tendrá como unas cinco millas de largo por tres de ancho. La playa ó litoral es de arena fina, á propósito para varar, y sus murmuradoras y espumosas aguas alegran al fatigado remero que ansia arribar al descanso y al abrigo del temible tornado, llamado por antonomasia «el terror de los marinos.» Luego de saltar á tierra fuí cariñosamente recibido, dice el mencionado Padre, por el factor rico William, Vibour (vulgo Baiba), ofreciéndome su casa donde hospedarme. No se vaya á creer que por ser rico factor tuviera allí un palacio (si bien podría llamársele tal, comparado con las chozas bubís): es una casa de madera cubierta de zinc, sin otro mobiliario que el que cada uno trae, y sin otros víveres que algunos ñames; muy á propósito para tomar el sol en invierno, si lo hubiera, pues cae tan verticalmente que parece abrasar cuanto toca. Después de los saludos prescritos por la urbanidad entre negros, pasé recado al delegado del Gobierno en esta bahía, haciéndole sabedor de la llegada del *Padre grave* y del objeto de mi viaje. Convenimos con él en el modo de llamar á los jefes bubís y enterarles del asunto que llevaba entre manos. Al día siguiente, en el interín se despachaban los correos á los pueblos, fuimos recorriendo é inspeccionando la bahía y sus alturas, para ver dónde colocar más cómodamente nuestro castillo, sin perder de vista las instrucciones que llevaba del reverendísimo Padre Prefecto; esto es: proximidad á los pueblos bubís, punto elevado y fresco, agua dulce, buen varadero, etc. Todo nos lo procuró á satisfacción la Divina Madre.

«Llegada la noticia de que un *blanco* había arribado á la playa, grande pánico cunde entre ellos, y temen que con él vienen los espíritus malignos y todas las calamidades. Suerte que nada les dijeron de mi persona, ni de mi sombrero negro, ni de mi sotana; de lo contrario se habrían creído sin duda que venía á visitarles el mismo diablo en persona. ¡Pobres gentes! Afligíme mucho ante las consecuencias que podían seguirse de una tan inesperada prevención y superstición deplorable: acudí desde luego al Corazón purísimo de la Virgen Madre; pedíle desvaneciera el temor infundado de aquellos pobrecitos, para quienes amanecía la luz del Evangelio sin ellos conocerlo. Y así fué en efecto; la Virgen me oyó.

«Veo luego en las orillas del mar un grupo de seis bubís armados, que parecían ser las avanzadas. ¡Caracoles, pensé yo, si habremos de entrar en batalla y el cuerpo del ejército vendrá detrás! Preparemos las municiones y pongámonos en actitud de defensa. Corrí inmediatamente al cofre de las municiones, consistentes en aguardiente de caña, hojas de tabaco y algunas prendas, que ya llevaba á propósito. Así que se acercan en actitud preventiva, les embestimos con copas de aguardiente y hojas de tabaco, y en seguida les tuvimos rendidos. Aproxímanse en actitud pacífica y deseosos de hablarme; ofrécenme su mano, poniéndola antes sobre el desnudo pecho en señal de amor sincero y fiel; contemplan absortos mi barba, y tocándola, exclaman repetidas veces: «¡Sesé alé, sesé alé!... (¡Bonito, bonito!)» Y concluyóse la función por aquel día. Se marcharon todos contentos.

«Con la buena nueva de las avanzadas, al día siguiente bajan á centenares á ver al Padre de la barba, con esperanza de algún regalillo: estaba entre ellos el rey de toda una gran comarca llamada Biapa. En lengua inglesa, que él poseía, le dije el objeto de mi visita, y las bases en que había de sentarse el tratado de paz que deseaba. Díjele que íbamos á establecernos entre ellos para ser sus padres y protectores; para enseñar á sus hijos y criados á leer y escribir; para ayudarles en todo, corporal y espiritualmente: uno de los artículos que más le gustó, que todos escucharon con singular complacencia, y que era por entonces la base de todos los demás, era el que nos estableceríamos entre ellos para hacerles regalitos. ¡Cómo abrieron el ojo! Tratándose de dar, ya tenemos gente!

«Luego el rey, que estaba como deliberando el pro y el contra, apoyada la barba en su palo bubí, que sería su real cetro, se dirige á los suyos, les tradujo mi discurso ó perorata, y haciéndose intérprete del general asentimiento, me dice:

«—¡Eh je! Jon pa: nosotros te queremos mucho; tu para nuestros hijos, etc., etc.

«Acto continuo, con risueño semblante me alargan todos la mano, como deseando confirmar las promesas de su jefe.

«¿Qué había de hacer yo al ver aquellos pobrecitos tan dóciles? Nada, deponer las armas y repartir las municiones: en efecto, sentados en el mullido suelo, repartimos aguardiente de caña, tabaco y algunas prendas. La alegría era general. Sobre todo los cuatro hijos del rey, á quienes vestimos de pies á cabeza, saltaban

de gozo: todos se marcharon contentísimos, no escaseando las promesas de que mandarían sus hijos á la escuela, tan pronto como nos estableciéramos entre ellos. Pero si ellos se volvieron contentos á sus hogares, no me marché yo menos á Santa Isabel, al ver las buenas disposiciones en que estaban para recibir la buena nueva. ¡Bendito sea el Corazón Inmaculado, que tantos atractivos tiene, aun de los que no le conocen!»

Aprovechando el entusiasmo que había despertado la visita del P. Juanola, trabajóse con actividad en construir el material de la nueva casa, y disponer todas las cosas para plantear cuanto antes la Misión.

Si bien se tocaron todos los resortes para que esto fuera pronto, tuvieron que aguardar hasta principios de Enero del 88, bien á pesar suyo por cierto.

Temiendo que en el largo espacio de tiempo que había mediado entre la primera entrevista y la fundación, se hubieran resfriado algo aquellos primitivos deseos, quedó encargado de la Misión el mismo que tantas simpatías se había ya granjeado. Desembarcaron el material de la casa en la bahía, junto á la playa, y en hombros de krumanes se fué subiendo á la elevada altura donde deseaban montarla. En el ínterin se montaba el nuevo edificio, ocupaban los misioneros la casa del rico factor de que hice antes mención. Lo que allí padecieron, las privaciones á que se vieron sujetos, los trabajos que pasaron en aquellos días, no son para describir. Aislados completamente de todo europeo, rodeados de negros que los observaban en todos los momentos, sin consuelo de persona alguna, más que el que ellos mismos podían prestarse mutuamente, etc. Basta decir que una vez perdieron la cuenta de los días, y dudaban si era sábado ó domingo; suerte que los Padres con la epacta llegaron á sacar en limpio el día de la semana que corría.

Ocupábanse en hacer expediciones á los pueblos del contorno, explorando la voluntad de los indígenas, llamando la atención y atrayéndose las simpatías de todos, máxime de los niños. Pronto se les aficionaron algunos, que traídos á la Misión, sirvieron de ocupación á aquellos Padres, enseñándoles las primeras verdades de nuestra fe y aprendiendo por su medio el tan difícil como extraño lenguaje.

Aquel año pudieron ya nuestros misioneros hacer resonar por aquellos bosques el eco de las alabanzas á la Reina del universo, durante el mes de Mayo, con bellos cánticos y variadas *Ave Marías*.

¡Cómo rabiaba el Morimó al ver en sus dominios hincada la planta que un día aplastó su orgullosa cabeza!

El día 1.º de Junio se recibió en aquella humilde casa nada menos que una embajada de S. M. el rey Moka, monarca y absoluto emperador de toda la isla: el embajador era su mismo hijo, quien á nombre de su padre se expresó en los siguientes términos:

—Si los bubís no hace bueno á V., digámelo, y lo mismo si V. no hace bueno á ellos, porque yo tengo poder para quitar la vida.

Algo daba que sospechar tan extraña conferencia; pues eran súbditos de un monarca que no se paraba en barras; la pena de talión está allí en uso. Para tales recados, dirían para si los Padres, no teníamos necesidad de tan distinguida visita. Suerte que á los tres días

compareció otra embajada algo más expresiva, que borró el mal efecto de la anterior. Dos reyes tributarios del gran Moka vinieron de Cutari escoltados por sesenta bubís, armados en su mayor parte, y ofreciendo como presentes veinte gallos y gallinas y cien grandes ñames. Menos mal, á lo menos que no sean todo amenazas. Además empeñaron su real palabra (que por cierto no tiene mucha fuerza) de traer á la Misión sus niños luego que hubieran terminado el colegio.

ECUADOR (América del Sur)

Excursión de los Padres misioneros para fundar un pueblo

El Rdo. P. Fr. J. V., menor observante, reanudando su relato, que empezó en la pág. 148, escribe desde Loja en Enero de 1893:

Poco antes del regreso de los salvajes á sus chozas se les manifestó la conveniencia de que se reunieran para formar un pueblo, en donde serían atendidos con más facilidad por los Padres. Se les explicó por medio de Chuirá, nuestro intérprete, las ventajas de la vida civilizada y cristiana, y de que los Padres se harían cargo de los jibaritos, que se les vestiría y se les enseñaría á leer y escribir. Chuirá, después de escuchar con atención todo lo concerniente á este asunto, tomó la palabra, y en su idioma explicó á los suyos todo lo que nosotros le propusimos. Este acto, que revestía alguna solemnidad, tenía un no sé qué de cómico y grotesco. Los más de los salvajes se hallaban sentados, pocos en pie. Chuirá empezó su relación gritando como si tuviera que hacerse oír de miles de personas, alguna vez se levantaba y volvía á sentarse, y toda su gesticulación se reducía á extender el brazo derecho y á arrimar los dedos á los labios. Al principio todos escuchaban en silencio y con mucha atención; luego alguno tomó la palabra sin que Chuirá dejara de hablar; poco á poco, y quizá sin advertirlo ellos mismos, todos tomaron parte en el *debate*; todos hablaban, ó por mejor decir, todos gritaban, formando una grotesca algarabía. Parecía que uno se hallaba en medio de una reunión de energúmenos. Nosotros nada entendíamos de lo que se decía, ni creo hubiéramos comprendido aun cuando hubiesen hablado en castellano, pues la gritería era tal, que al parecer cada uno quería hacerse oír de los demás, sin atender á lo que los demás decían. No obstante, gritaban con una naturalidad admirable; ninguna alteración se notaba en su semblante, ninguna pasión les impulsaba; es simplemente su *moda*. *Moda* inculta y salvaje, es cierto, pero que reviste cierta dignidad y naturalidad de que carecen muchas sesiones de nuestras civilizadas asambleas.

Al ver que la discusión se prolongaba, intervine yo, y al tomar la palabra todos callaron. Pregunté á Chuirá qué era lo que decían y resolvían. Este me hizo comprender que los más deseaban reunirse para fundar un pueblo, y que nos confiarían á sus hijos. Preguntado el lugar en donde querían fundar el pueblo, me dijo que yo lo indicara, porque entre ellos había dos ó tres pareceres, y que se someterían á lo que yo resolviese. Admití con gusto el arbitraje, y para resolver con acierto necesitaba hacer una excursión para reconocer el

terreno y elegir el lugar que reuniera las mejores condiciones que para el caso se requieren.

En el día que se fijó, después de celebrada la santa Misa preparamos lo necesario para la excursión. Los preparativos pronto se arreglaron. En estas soledades, en que sólo abunda la escasez de recursos, no se requiere mucho tiempo para disponerse para un viaje. Las provisiones consistían en una pequeña cantidad de café y azúcar, yuca, plátanos, algunas libras de harina de cebada tostada, á más un lienzo que debía servirnos de toldo, y dos escopetas para la caza. Me acompañaban tres cristianos de Santa Ana, conocedores del terreno. Arreglado lo necesario, nos dirigimos al río para embarcarnos en la única canoa que había, propiedad de uno de los excursionistas, é instalados en ella la desamarramos y empezó á deslizarse, suavemente arrastrada por la corriente. Los que nos hallamos en la canoa íbamos animosos sin querer ver peligros; á pesar de que dos años antes en que hice el primer reconocimiento con dos de los que ahora estaban conmigo, por descuido de los mismos sufrimos un naufragio, del que nos salvamos milagrosamente.

Conviene advertir, para que se comprenda lo peligroso que es navegar por esta sección del río, que el lugar en que nos embarcamos se halla sobre el Océano á unos mil metros de altura y á raíz de la vertiente oriental de los Andes. El río presenta á trechos algunos desniveles, en los que el agua se precipita con suma rapidez, formando olas que hacen saltar á la canoa con peligro de zozobrar, si no la dirige una mano diestra y segura. Además hay que conocer por el movimiento de las aguas las rocas ó peñascos que se hallan en el fondo, á fin de evitar que la canoa se estrelle con el choque. Hay sitios en que existen fuertes remolinos y se necesita destreza y práctica para pasarlos impunemente. Todos conocíamos estos peligros; empero confiados en la bondad de Dios y en la destreza de Chuirá, cuya casa se halla antes de los sitios más peligrosos, esperábamos salir bien de nuestra empresa.

Desde que me instalé en la canoa me dediqué á un doble objeto: á observar los accidentes topográficos, para escoger el lugar en donde debía fundarse el pueblo, y á estudiar todos los accidentes del río: la brújula me indicaba no sólo la dirección general, sino sus principales curvaturas; el barómetro, la diferencia de altura; el termómetro, la diferencia de temperatura; y aproximadamente por las diversas velocidades de la corriente calculaba la distancia recorrida en relación con el tiempo que se empleaba, para lo que me servía del reloj. Todo lo anotaba en el croquis, junto con las islas que el río tiene en su cauce, como también el lugar é importancia de sus afluentes.

Este estudio, sumamente útil para los misioneros, hubiera querido practicarlo hasta la confluencia del Paute, casi tan caudaloso como el Zamora. Desde esta confluencia el Zamora toma el nombre de Santiago, que conserva hasta desaguar en el Marañón, poco antes del pongo de Manseriche; empero el poco tiempo de que podía disponer no me permitió recorrer ese trayecto.

Una hora después de nuestra salida de Santa Ana llegamos frente á la choza de Chuirá; varamos la canoa en la playa, y fuimos á invitarle para que nos acom-

pañase. Después de hacerse rogar un poco, accedió, y la canoa al impulso de su mano surcaba admirablemente la corriente. Durante el trayecto, á indicación de Chuirá, observábamos los sitios que se juzgaban aptos para la fundación del pueblo, reservando la elección hasta que hubiésemos recorrido toda la sección desde Santa Ana hasta más allá del Yacuambi. En este día matamos sin salir del río una yamala y una pava, que nos proporcionaron carne para dos días. Sólo visitamos una choza de salvajes, en la que se habían reunido varios jíbaros para celebrar la cura de un enfermo que habían traído de lejos para que lo curase el *brujo* de Zamora. Yo visité al enfermo, le tomé el pulso, y por medio del intérprete hice que me mostrase la lengua. Todos estaban atentos á mi diagnóstico; mas al decirle que sacara un poco más la lengua, se provocó una risa general que hizo reír al mismo enfermo.

La diagnosis me reveló que el pobre diablo era víctima de una fuerte indigestión. Les prometí curarlo si lo conducían cerca de nuestra residencia; pues, por haber curado á una jíbara de la fiebre con tres dosis de sulfato de quinina, y al esposo de la misma de unos convulsivos con unas cuantas pastillas del doctor Andréu, adquirí fama de *curandero*; esto no obstante, se resistieron á llevar al enfermo á donde les indiqué, por no perder la costumbre de presenciar un sainete, y vivir unos días á costa ajena. Me prometieron, sin embargo, verificar lo que les exigía, si no

curaba después que el *brujo* hubiese extraído del cuerpo del paciente los objetos extraños que según ellos causaban la enfermedad.

Nuestro Chuirá quería pernoctar en esta choza por ser un hermano suyo el brujo que curaba al enfermo. Empero, al ver mi insistencia en proseguir el viaje, se resolvió, si bien de mala gana, á seguir adelante. Serían cerca de las seis de la tarde cuando hallamos un sitio bellissimo para pasar la noche. En este sitio y cerca de nuestro campamento, llamó mi atención un árbol por el modo raro de dar su fruto. Este no se halla en las ramas, sino en el tronco y antes de la bifurcación de aquéllas, en forma de racimos, cuyos granos guardan el parecido de pequeñas manzanas, y á escasa distancia unos de otros cubren gran parte del tronco; según los peones es comestible, aunque por no estar en sazón, no me fué dado probarlo.

Esta noche apenas pudimos conciliar el sueño á causa de la lluvia, y sobre todo por el mortificante aleteo de los vampiros que penetraban en el toldo. Tan luego como amaneció proseguimos el viaje, aprovechando el fresco de la madrugada, y prolongamos la exploración algo más allá de la confluencia del Yacuambi. Visitamos la única choza que allí existe, en la que vive una jíbara viuda con su hijo de dos años. Ambos estaban ausentes, y para llamarlos nuestro conductor dió un grito especial que repitió cuatro veces; al ver que no era correspondido, de terminó en-



DOS GUINEAS.— Bosque de Lambarené. (Pág. 561)

trar en la choza, á donde le seguimos. Sólo hallamos una gallina y dos bellísimos guacamayos, ave hermosa con que deseaba hacerme; mas como la dueña se hallaba ausente, no pude llevarlos: Chuirá me prometió conseguirlos después de hablar con la viuda, que era parienta suya. Descansamos una hora en la choza, y luego regresamos para recorrer el perímetro de la gran isla, verdadero delta que el Yacuambi forma al unir sus aguas con el Zamora.

En esta confluencia el paisaje es variado y muy pintoresco, y no habría desagradado á los jibaros que el nuevo pueblo se fundase en este lugar. Aquí comparamos los lugares anotados en el viaje, las condiciones de ventilación, salubridad, extensión, etc., y de común acuerdo resolvimos retroceder, para estudiar con más detención una gran vega que los naturales llaman Cumbarasa. Serían las cuatro de la tarde cuando emprendimos el viaje de regreso, pernoctando en el mismo sitio que en la noche anterior.

Al amanecer se presentaron frente á nuestra tienda dos canoas tripuladas por salvajes de los que viven en las márgenes del Yacuambi, quienes nos obsequiaron con dos enormes yucas y plátanos. Les manifestamos por medio de Chuirá nuestra resolución de fundar el pueblo en Cumbarasa. Aprobaron nuestro proyecto, y después de tomar juntos una taza de café nos despedimos, regresando ellos al Yacuambi, y nosotros, navegando lentamente contra corriente, llegamos al caer la tarde al sitio objeto de nuestro preferente estudio. Tendimos el toldo á pocos pasos de una choza de salvajes. Apenas amaneció reuní á los hombres de la choza para ir á explorar la vega. Un peón se quedó para preparar el almuerzo; otros dos, tres salvajes y yo nos embarcamos para recorrer la margen de la vega que confina con el río. Luego penetramos en la espesura con mucho trabajo y abriéndonos paso con el machete; recorrimos una gran extensión, y de acuerdo con los mismos salvajes fijamos el sitio. Se rozó una línea paralela al río, de ochenta metros de larga por dos de ancha, cortando sólo la maleza y pequeños arbustos. Esta línea será uno de los lados de la plaza del nuevo pueblo, en el que se señaló el lugar para la capilla, escuela y convento. Toda la sección de terreno comprendida entre la línea mencionada y el río, que será de dos hectáreas, se destina para las necesidades de la Misión. Los salvajes se comprometieron á rozar el ámbito de la plaza, construir los edificios referidos y rozar el terreno de la Misión.

Resuelto el problema de esta expedición, proseguimos el viaje de regreso, y si bien deseábamos llegar á Santa Ana este mismo día, no fué posible por ser muy difícil navegar contra la corriente. Pernoctamos, pues, á hora y media de dicho punto, notando durante la noche una gran tempestad en las alturas de la cordillera, que nos hizo temer una creciente del río. En efecto, amanecemos envueltos por grande lluvia: observar el río fué nuestro primer cuidado, y con pena vimos que la fuerte creciente nos imposibilitaba para utilizar la canoa. Esto nos puso en una alternativa angustiosa: ó esperar que el río descendiera á su nivel ordinario, ó ir á pie por entre la espesura y con una lluvia que no daba indicios de terminar. La primera idea fué rechazada

por todos, á causa de escasear los víveres y por temor de que la creciente durase algunos días: lo segundo era sumamente penoso, pues andar por entre la espesura medio encorvados, apartando ramas con las manos ó cortándolas con el machete para abrírnos paso, cansa y fatiga en tiempo bueno; con la lluvia, y lluvia torrencial, nos colocaba en una situación fatigosa y desesperante. Esto no obstante, optamos por este extremo.

Dejamos encomendada á Chuirá la canoa con todo lo que no pudimos llevar, para que tan pronto como el río permitiera navegar contra la corriente, la condujera al fondeadero de Santa Ana, y convenidos en ello emprendimos el viaje á pie, serían las siete de la mañana. Después de una hora de penosa travesía, empapados en agua y barro, llegamos á la confluencia del Yamboa, que creímos vadeable; empero estaba tan crecido que nos cortó el paso. ¿Qué hacer? Regresar después de una hora de sufrimientos nos parecía temerario. Felizmente al otro lado del Zamora había unos salvajes sentados á la orilla; gritamos cuanto pudimos para llamar su atención; pero el ruido del río y la lluvia impidió que nuestras voces fuesen oídas. Por fin, cuando iban á retirarse se fijaron en nosotros, y desamarraron la canoa para venir en nuestro auxilio.

En esta confluencia el río presenta un notable desnivel, por el que la canoa, hábilmente dirigida, se precipitó con suma rapidez. Nos embarcamos un peón y yo. Los cuatro era imposible á causa de la fuerte corriente. Los dos salvajes hicieron esfuerzos heroicos para hacer subir la canoa, y cuando creíamos haber salido del mal paso ó desnivel, uno de ellos flaqueó y la canoa fué arrastrada con vertiginosa rapidez por la corriente, siendo envuelta por el choque de las aguas del Yamboa. Si puedo narrar este percance lo debo á la protección de Dios y á la serenidad y sangre fría de los salvajes. Con mucho trabajo pudimos llegar al punto de partida, pues la canoa había sido arrastrada más abajo. El peón que se había embarcado conmigo fué substituido por otro que conocía el manejo de la canoa. Este, con los dos salvajes, después de muchos esfuerzos consiguieron pasar á la orilla opuesta. Luego la canoa regresó para pasar á los otros dos, que con mucha dificultad consiguieron reunirse á nosotros.

Fuimos á descansar en la choza de nuestro hombre, y esperar que el cielo se despejase mientras comíamos la yuca que nos suministraron los dueños. Reforzados un poco con este alimento, y habiendo cesado un rato la lluvia, proseguimos á pie nuestro viaje, llegando á las dos de la mañana frente de Santa Ana. Como nos hallábamos en la orilla opuesta, fué preciso gritar para ser auxiliados. Oídos apenas, corrieron á la orilla los Padres y demás moradores del pueblo, con una mala y casi inservible canoa, que era el único medio de transporte que tenían á mano; con ella, y uno á uno, pues su ruindad y la crecida del río no permitían otra cosa, conseguimos reunirnos á los nuestros.

Eran las tres cuando llegamos al convento rendidos de fatiga. Mientras se preparaba la comida para todos, cada cual se fué á su choza para cambiarse la ropa.

CHUBUT (Patagonia Central)

Las Misiones de los Padres Salesianos en Rawson.—Conquistas de la Religión sobre la barbarie

HACE poco más de un año que los misioneros Salesianos tomaron á su cargo esa importante Misión, como sucesores del señor canónigo Vivaldi, y el impulso que han sabido comunicar en tan breve espacio á la obra de la civilización en aquellas apartadas regiones es evidente, y los resultados satisfactorios obtenidos hasta el día de hoy, prometen otros mayores y más halagüeños en lo porvenir.

Dos Padres y algunos coadjutores forman el personal de la Misión, cuyos trabajos abrazan, además de la población radicada en Rawson y sus alrededores, una extensa zona del desierto, como puede verse por lo que á renglón seguido apuntamos.

Uno de dichos Padres, D. Domingo Milanésio, en tres meses recorrió trescientas leguas, visitando á los indios diseminados en varios puntos de los territorios del Río Negro y Chubut. Predicó la fe á más de mil indios, de los que pudo bautizar doscientos entre menores de edad y adultos. Cien de éstos pertenecen al territorio del Chubut, y los demás al del Río Negro.

Visitó en Choroy Ruca (Casa de los loros), al Norte del Chubut, los toldos de los capitanejos Juan Cual y Picholas, á los de Cumelaf en Quitzquié (Arbusto) (Río Negro), y á los del cacique Domingo Velazque en Qetheynf-lum-cheque (Yuyo comestible) (Río Negro).

En estas tolderías viven confundidos, y entreverados tres clases de indios que hablan diferentes lenguas y son:

1.º Los manzaneros, que hablan el araucano algo modificado.

2.º Los pampas, que hablan el pampa, muy distinto del anterior.

3.º Los tehuelches (del Chubut), cuya lengua difiere radicalmente del araucano y del pampa, pero casi todos entienden el idioma de los manzaneros, que es el que emplea el misionero para enseñarles los rudimentos de la Religión cristiana, y arrojar en sus rudos entendimientos la semilla de ideas más elevadas y generales, que darán en su día frutos de regeneración y sociabilidad.

La Religión de estas tres castas de indios es dualista: creen en la existencia de un Ser Supremo, todopoderoso, criador de todas las cosas, y en un genio maléfico, que llaman Kualicho, al cual temen mucho por concebirlo como causa de todos los males y con poder de darles la muerte. Practican una moral conforme á la ley natural; se casan regularmente con una sola mujer, siendo la poligamia un privilegio de sus gaubuenes ó caciques. No obstante esto, también se dan casos de poligamia en los indios inferiores, lo que dificulta á veces su conversión. Mas, por lo común, son dóciles y se dejan convencer bastante fácilmente por el misionero, convirtiéndose á la fe.

Tales son las conquistas que, por medio de la predicación evangélica, va obteniendo la civilización sobre la barbarie en aquellas remotas regiones del Territorio Argentino.

Por lo que hace á la capital del Territorio, en Rawson, el Rdo. P. Bernardo Vacchina, director de la Misión, sobre cumplir todas las funciones religiosas y ministerios propios de una parroquia, ha fundado desde su llegada (1892) una escuela elemental, un oratorio festivo, para entretener á los niños con honestas diversiones y darles á un tiempo lecciones de moral y urbanidad; ha asistido gratuitamente en su propia casa y suministrando medicamentos á los enfermos pobres que se presentaron en demanda de socorros, y actualmente trabaja con empeño para realizar otras fundaciones de evidente, indiscutible necesidad en aquel punto, las cuales serían:

1.º Una escuela para niñas, regentada por la Hermana Hija de María Auxiliadora, que espera poder abrir este año mismo.

2.º Un taller de artes y oficios, para ir formando en la costumbre del trabajo, desde la juventud, á los hijos de los indios.

3.º Un asilo, para recoger á los niños huérfanos, á cualquiera religión pertenezcan, sean católicos ó protestantes de las diferentes confesiones ó sectas allí establecidas, pues se cuentan hasta veintisiete.

En estos días el Rdo. P. Vacchina, aprovechando el regreso á Rawson de su compañero el P. Milanésio quien, tras su larga y peligrosa expedición llena de penalidades y privaciones, necesitaba tomar algún descanso y reponer su quebrantada salud, ha subido hasta Buenos Aires, con el objeto de allegar recursos con que poner manos á las obras proyectadas, siendo extremas las estrecheces porque pasa su Misión, tan lejana y aislada de todo centro, con raras y muy lentas comunicaciones, como que sólo muy de tarde en tarde arriban á ella algunos buques de vela, y no teniendo él más ingreso que una subvención de sesenta pesos mensuales que le pasa el Gobierno como á capellán de la gobernación del Chubut; suma más que insignificante, si se toman en cuenta los grandes gastos que ocasionan el mantenimiento de la capilla y escuela, y los largos viajes emprendidos para catequizar á los indios.

Puesto en tan apremiante condición, el P. Vacchina ruega muy particularmente á los insignes protectores y cooperadores de la obra de Don Bosco, que contribuyan con su óbolo á sostener las fundaciones ya existentes en su Misión y facilitar la realización de las proyectadas, seguros de que, haciéndolo, sabrán dar una prueba más, y espléndida, de su generosidad nunca desmentida, y concurrirán á producir un bien social y duradero. Que si para mientes en que es sensible la propaganda protestante, que es activa en Rawson, puede con el tiempo llegar á constituir un verdadero peligro para los intereses del territorio de Chubut, el Director de la Misión Salesiana, confía en que nadie mirará con indiferencia una obra tan humanitaria, y muchos cooperarán con sus ofrendas á una empresa, cuyo objeto es difundir por medio de la enseñanza educativa el sentimiento religioso, para que eche hondas raíces en un punto tan importante y de gran porvenir para el comercio y la civilización.

trar en la choza, á donde le seguimos. Sólo hallamos una gallina y dos bellísimos guacamayos, ave hermosa con que deseaba hacerme; mas como la dueña se hallaba ausente, no pude llevarlos: Chuirá me prometió conseguirlos después de hablar con la viuda, que era parienta suya. Descansamos una hora en la choza, y luego regresamos para recorrer el perímetro de la gran isla, verdadero delta que el Yacuambi forma al unir sus aguas con el Zamora.

En esta confluencia el paisaje es variado y muy pintoresco, y no habría desagradado á los jibaros que el nuevo pueblo se fundase en este lugar. Aquí comparamos los lugares anotados en el viaje, las condiciones de ventilación, salubridad, extensión, etc., y de común acuerdo resolvimos retroceder, para estudiar con más detención una gran vega que los naturales llaman Cumbarasa. Serían las cuatro de la tarde cuando emprendimos el viaje de regreso, pernoctando en el mismo sitio que en la noche anterior.

Al amanecer se presentaron frente á nuestra tienda dos canoas tripuladas por salvajes de los que viven en las márgenes del Yacuambi, quienes nos obsequiaron con dos enormes yucas y plátanos. Les manifestamos por medio de Chuirá nuestra resolución de fundar el pueblo en Cumbarasa. Aprobaron nuestro proyecto, y después de tomar juntos una taza de café nos despedimos, regresando ellos al Yacuambi, y nosotros, navegando lentamente contra corriente, llegamos al caer la tarde al sitio objeto de nuestro preferente estudio. Tendimos el toldo á pocos pasos de una choza de salvajes. Apenas amaneció reuní á los hombres de la choza para ir á explorar la vega. Un peón se quedó para preparar el almuerzo; otros dos, tres salvajes y yo nos embarcamos para recorrer la margen de la vega que confina con el río. Luego penetramos en la espesura con mucho trabajo y abriéndonos paso con el machete; recorrimos una gran extensión, y de acuerdo con los mismos salvajes fijamos el sitio. Se rozó una línea paralela al río, de ochenta metros de larga por dos de ancha, cortando sólo la maleza y pequeños arbustos. Esta línea será uno de los lados de la plaza del nuevo pueblo, en el que se señaló el lugar para la capilla, escuela y convento. Toda la sección de terreno comprendida entre la línea mencionada y el río, que será de dos hectáreas, se destina para las necesidades de la Misión. Los salvajes se comprometieron á rozar el ámbito de la plaza, construir los edificios referidos y rozar el terreno de la Misión.

Resuelto el problema de esta expedición, proseguimos el viaje de regreso, y si bien deseábamos llegar á Santa Ana este mismo día, no fué posible por ser muy difícil navegar contra la corriente. Pernoctamos, pues, á hora y media de dicho punto, notando durante la noche una gran tempestad en las alturas de la cordillera, que nos hizo temer una creciente del río. En efecto, amanecimos envueltos por grande lluvia: observar el río fué nuestro primer cuidado, y con pena vimos que la fuerte creciente nos imposibilitaba para utilizar la canoa. Esto nos puso en una alternativa angustiosa: ó esperar que el río descendiera á su nivel ordinario, ó ir á pie por entre la espesura y con una lluvia que no daba indicios de terminar. La primera idea fué rechazada

por todos, á causa de escasear los víveres y por temor de que la creciente durase algunos días: lo segundo era sumamente penoso, pues andar por entre la espesura medio encorvados, apartando ramas con las manos ó cortándolas con el machete para abrírnos paso, cansa y fatiga en tiempo bueno; con la lluvia, y lluvia torrencial, nos colocaba en una situación fatigosa y desesperante. Esto no obstante, optamos por este extremo.

Dejamos encomendada á Chuirá la canoa con todo lo que no pudimos llevar, para que tan pronto como el río permitiera navegar contra la corriente, la condujera al fondeadero de Santa Ana, y convenidos en ello emprendimos el viaje á pie, serían las siete de la mañana. Después de una hora de penosa travesía, empapados en agua y barro, llegamos á la confluencia del Yamboa, que creímos vadeable; empero estaba tan crecido que nos cortó el paso. ¿Qué hacer? Regresar después de una hora de sufrimientos nos parecía temerario. Felizmente al otro lado del Zamora había unos salvajes sentados á la orilla; gritamos cuanto pudimos para llamar su atención; pero el ruido del río y la lluvia impidió que nuestras voces fuesen oídas. Por fin, cuando iban á retirarse se fijaron en nosotros, y desamarraron la canoa para venir en nuestro auxilio.

En esta confluencia el río presenta un notable desnivel, por el que la canoa, hábilmente dirigida, se precipitó con suma rapidez. Nos embarcamos un peón y yo. Los cuatro era imposible á causa de la fuerte corriente. Los dos salvajes hicieron esfuerzos heroicos para hacer subir la canoa, y cuando creíamos haber salido del mal paso ó desnivel, uno de ellos flaqueó y la canoa fué arrastrada con vertiginosa rapidez por la corriente, siendo envuelta por el choque de las aguas del Yamboa. Si puedo narrar este percance lo debo á la protección de Dios y á la serenidad y sangre fría de los salvajes. Con mucho trabajo pudimos llegar al punto de partida, pues la canoa había sido arrastrada más abajo. El peón que se había embarcado conmigo fué substituído por otro que conocía el manejo de la canoa. Este, con los dos salvajes, después de muchos esfuerzos consiguieron pasar á la orilla opuesta. Luego la canoa regresó para pasar á los otros dos, que con mucha dificultad consiguieron reunirse á nosotros.

Fuimos á descansar en la choza de nuestro hombre, y esperar que el cielo se despejase mientras comíamos la yuca que nos suministraron los dueños. Reforzados un poco con este alimento, y habiendo cesado un rato la lluvia, proseguimos á pie nuestro viaje, llegando á las dos de la mañana frente de Santa Ana. Como nos hallábamos en la orilla opuesta, fué preciso gritar para ser auxiliados. Oídos apenas, corrieron á la orilla los Padres y demás moradores del pueblo, con una mala y casi inservible canoa, que era el único medio de transporte que tenían á mano; con ella, y uno á uno, pues su ruindad y la crecida del río no permitían otra cosa, conseguimos reunirnos á los nuestros.

Eran las tres cuando llegamos al convento rendidos de fatiga. Mientras se preparaba la comida para todos, cada cual se fué á su choza para cambiarse la ropa.

CHUBUT (Patagonia Central)

Las Misiones de los Padres Salesianos en Rawson.— Conquistas de la Religión sobre la barbarie

HACE poco más de un año que los misioneros Salesianos tomaron á su cargo esa importante Misión, como sucesores del señor canónigo Vivaldi, y el impulso que han sabido comunicar en tan breve espacio á la obra de la civilización en aquellas apartadas regiones es evidente, y los resultados satisfactorios obtenidos hasta el día de hoy, prometen otros mayores y más halagüeños en lo porvenir.

Dos Padres y algunos coadjutores forman el personal de la Misión, cuyos trabajos abrazan, además de la población radicada en Rawson y sus alrededores, una extensa zona del desierto, como puede verse por lo que á renglón seguido apuntamos.

Uno de dichos Padres, D. Domingo Milanés, en tres meses recorrió trescientas leguas, visitando á los indios diseminados en varios puntos de los territorios del Río Negro y Chubut. Predicó la fe á más de mil indios, de los que pudo bautizar doscientos entre menores de edad y adultos. Cien de éstos pertenecen al territorio del Chubut, y los demás al del Río Negro.

Visitó en Choroy Ruca (Casa de los loros), al Norte del Chubut, los toldos de los capitanejos Juan Cual y Picholas, á los de Cumelaf en Quitziquí (Arbusto) (Río Negro), y á los del cacique Domingo Velazque en Qethenflum-cheque (Yuyo comestible) (Río Negro).

En estas tolderías viven confundidos, y entreverados tres clases de indios que hablan diferentes lenguas y son:

1.º Los manzaneros, que hablan el araucano algo modificado.

2.º Los pampas, que hablan el pampa, muy distinto del anterior.

3.º Los tehuelches (del Chubut), cuya lengua difiere radicalmente del araucano y del pampa, pero casi todos entienden el idioma de los manzaneros, que es el que emplea el misionero para enseñarles los rudimentos de la Religión cristiana, y arrojar en sus rudos entendimientos la semilla de ideas más elevadas y generales, que darán en su día frutos de regeneración y sociabilidad.

La Religión de estas tres castas de indios es dualista: creen en la existencia de un Ser Supremo, todopoderoso, criador de todas las cosas, y en un genio maléfico, que llaman Kualicho, al cual temen mucho por concebirlo como causa de todos los males y con poder de darles la muerte. Practican una moral conforme á la ley natural; se casan regularmente con una sola mujer, siendo la poligamia un privilegio de sus gauhuenes ó caciques. No obstante esto, también se dan casos de poligamia en los indios inferiores, lo que dificulta á veces su conversión. Mas, por lo común, son dóciles y se dejan convencer bastante fácilmente por el misionero, convirtiéndose á la fe.

Tales son las conquistas que, por medio de la predicación evangélica, va obteniendo la civilización sobre la barbarie en aquellas remotas regiones del Territorio Argentino.

Por lo que hace á la capital del Territorio, en Rawson, el Rdo. P. Bernardo Vacchina, director de la Misión, sobre cumplir todas las funciones religiosas y ministerios propios de una parroquia, ha fundado desde su llegada (1892) una escuela elemental, un oratorio festivo, para entretener á los niños con honestas diversiones y darles á un tiempo lecciones de moral y urbanidad; ha asistido gratuitamente en su propia casa y suministrando medicamentos á los enfermos pobres que se presentaron en demanda de socorros, y actualmente trabaja con empeño para realizar otras fundaciones de evidente, indiscutible necesidad en aquel punto, las cuales serían:

1.º Una escuela para niñas, regentada por la Hermana Hija de María Auxiliadora, que espera poder abrir este año mismo.

2.º Un taller de artes y oficios, para ir formando en la costumbre del trabajo, desde la juventud, á los hijos de los indios.

3.º Un asilo, para recoger á los niños huérfanos, á cualquiera religión pertenezcan, sean católicos ó protestantes de las diferentes confesiones ó sectas allí establecidas, pues se cuentan hasta veintisiete.

En estos días el Rdo. P. Vacchina, aprovechando el regreso á Rawson de su compañero el P. Milanés quien, tras su larga y peligrosa expedición llena de penalidades y privaciones, necesitaba tomar algún descanso y reponer su quebrantada salud, ha subido hasta Buenos Aires, con el objeto de allegar recursos con que poner manos á las obras proyectadas, siendo extremas las estrecheces porque pasa su Misión, tan lejana y aislada de todo centro, con raras y muy lentas comunicaciones, como que sólo muy de tarde en tarde arriban á ella algunos buques de vela, y no teniendo él más ingreso que una subvención de sesenta pesos mensuales que le pasa el Gobierno como á capellán de la gobernación del Chubut; suma más que insignificante, si se toman en cuenta los grandes gastos que ocasionan el mantenimiento de la capilla y escuela, y los largos viajes emprendidos para catequizar á los indios.

Puesto en tan apremiante condición, el P. Vacchina ruega muy particularmente á los insignes protectores y cooperadores de la obra de Don Bosco, que contribuyan con su óbolo á sostener las fundaciones ya existentes en su Misión y facilitar la realización de las proyectadas, seguros de que, haciéndolo, sabrán dar una prueba más, y espléndida, de su generosidad nunca desmentida, y concurrirán á producir un bien social y duradero. Que si para mientes en que es sensible la propaganda protestante, que es activa en Rawson, puede con el tiempo llegar á constituir un verdadero peligro para los intereses del territorio de Chubut, el Director de la Misión Salesiana, confía en que nadie mirará con indiferencia una obra tan humanitaria, y muchos cooperarán con sus ofrendas á una empresa, cuyo objeto es difundir por medio de la enseñanza educativa el sentimiento religioso, para que eche hondas raíces en un punto tan importante y de gran porvenir para el comercio y la civilización.

LA MISIÓN DE DOS GUINEAS Y LA ESCLAVITUD

POR UN PADRE DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO
Y SAGRADO CORAZÓN DE MARÍA

III

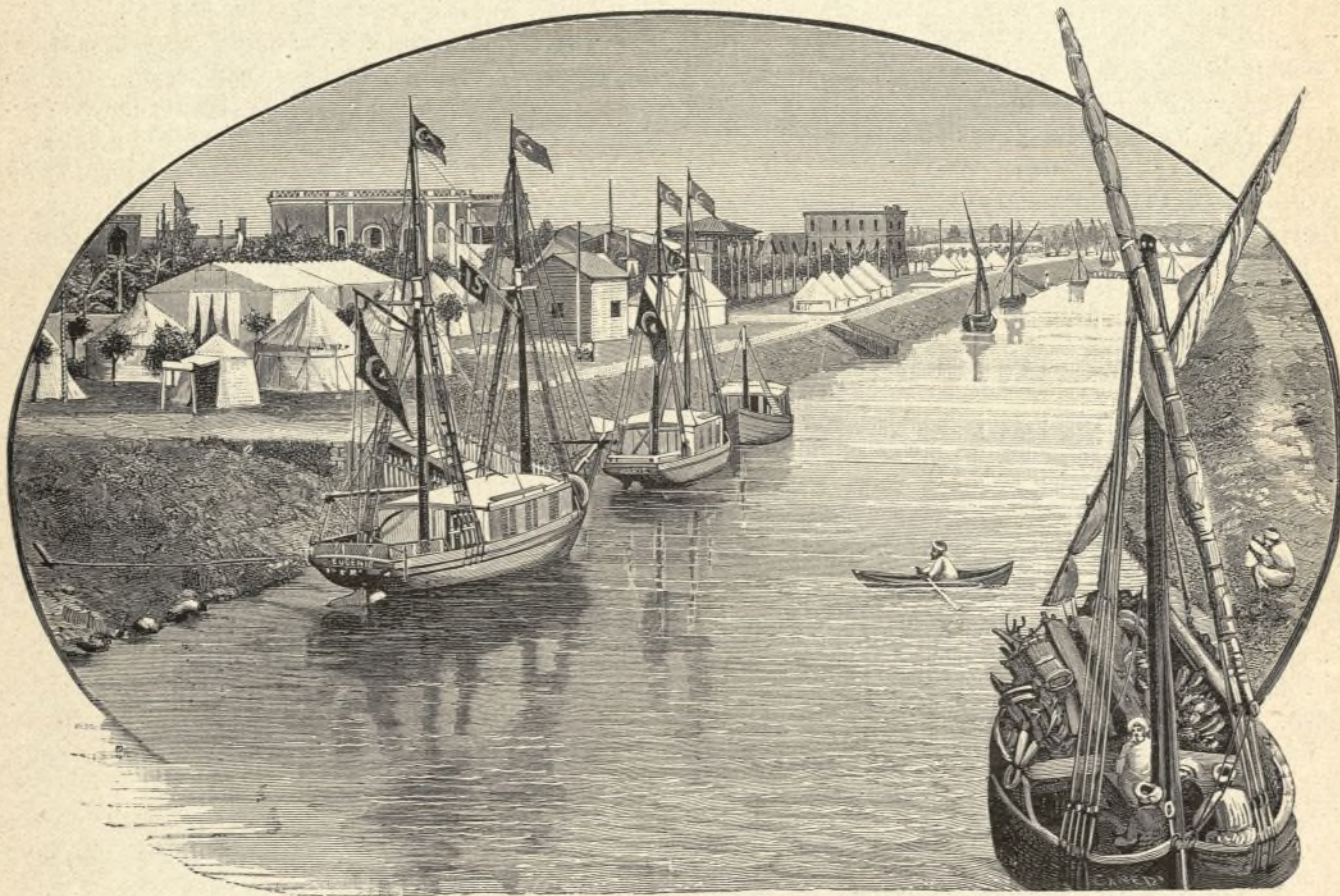
Desarrollo de la Misión

CUANTOS han vivido en Librevilla habrán visto á una Religiosa que se halla á todas horas en los senderos, dirigiéndose bajo un sol abrasador á la conquista de los enfermos y de las almas. Los cautivos y desamparados, á cuyo lado pasa la noche en una miserable casucha, sin preocuparse por sí misma, la conocen muy bien.

Conviene añadir que á los hospitales sobre todo deben los misioneros el crédito que han adquirido entre los esclavos, á quienes nunca faltan llagas ó dolencias que curar. Siendo ilimitada su confianza en los remedios europeos, acuden todos los días á reclamar nuestra asistencia. Frecuentan desde luego, como se supone,

Ana: á cada lado en multitud de casitas pobres, pero aseadas, viven los amigos de los misioneros, esclavos rescatados por cien ó doscientos francos, mujeres á las que sus maridos polígamos han abandonado, y antiguos alumnos indigentes. A cuantos lo piden se les ofrece un campo con casita edificada; así es que su número aumenta todos los días.»

Estas últimas líneas de Barret inspiran naturalmente esta reflexión: Lo que se ha hecho en Santa Ana, ¿por qué no hacerlo en otra parte, en el Congo, en Ubanghi y en todos los países sometidos á las Autoridades europeas? Las dificultades no son mayores en estos puntos que años atrás lo eran en Gabón. Nunca país alguno sufrió tanto como éste los horrores de la esclavitud, puesto que á millares eran embarcados semanalmente los esclavos en los negreros. ¿Qué hizo el Gobierno? prohibió la trata, y ésta quedó abolida sin disparar un tiro. ¿Qué debe hacer hoy? fundar estaciones militares en los principales centros; prohibir la trata al mismo tiempo que protege el comercio: así lo hizo en todo el Ogowé y el Congo, y en estos dos gran-



EGIPTO.—Canal de agua dulce en Ismailia. (Pág. 519)

los catecismos é instrucciones cotidianas; y al quejarse de los malos tratos de sus amos, se les dice:

—Sois libres, pues está abolida la esclavitud, y á los ojos de Dios sois iguales á vuestros amos.

—
«A la derecha de la Misión, dice el Sr. Barret, hay un lindo sendero formando una calle de árboles que termina en un lugar donde se venera una imagen de Santa

des ríos ya no se oye el nombre de esclavo, que ha sido reemplazado por el de hijo. Mas hay que multiplicar dichas estaciones y ajustar tratados con las diferentes tribus. Brazza los ha concertado con los pahuinios antropófagos y los batekes caníbales; Dolisie, con los feroces y terribles habitantes del Ubanghi, y es imposible que las poblaciones inmediatas al lago Tchad sean más salvajes.

Los misioneros han contribuido á la extinción del



EGIPTO.—Puente volante sobre el canal marítimo en El-Kantara. (Pág. 567)

abominable comercio predicando, fundando escuelas y asilos para huérfanos, acogiendo y rescatando esclavos, y convirtiendo á gran número de amos que, si no han dado libertad á todos sus siervos, los consideran como verdaderos domésticos.

El Ilmo. Le Berre y las nuevas fundaciones

Postrado por la fatiga, el Ilmo. Bessieux había cedido el peso de la administración á su vicario general, el P. Le Berre: con este modelo de apóstoles la Misión de Santa María prosperó admirablemente, y al entregar aquél su hermosa alma á Dios, fué elegido su sucesor, y consagrado en 1877. Mientras vivió este santo Prelado nunca nos atrevimos á publicar el bien que realizó, pues su humildad no lo hubiera consentido. Hoy podemos y debemos hacerlo, afirmando que su obra es una de las mejores de Africa.

Con este valiente Obispo, en efecto, la Misión del Gabón se extendió prodigiosamente. En lo sucesivo cada río puesto bajo su jurisdicción tuvo su misionero, cuya influencia se extendió á más de cincuenta jornadas en el interior, obra gigantesca llevada á cabo en menos de quince años.

Fundó una Misión en Donghila, en el Congo, entre los fangas antropófagos y los akelles fetiquistas, la que ha asistido á gran número de enfermos y abandonados, y bautizado á muchos niños que han subido al cielo.

Los Padres á quienes está encomendada son insuficientes para acudir á todo, y así el superior envía todas las semanas siete, ocho ó diez esclavos para que se les cuide en los hospitales de Santa María y de San Pedro de Librevilla.

Más tarde fundó también estaciones en Lambarené entre otras las de San Francisco Javier (*V. pág. 572*), á trescientos kilómetros de la costa, junto al río Ogowé, que fué en otro tiempo la principal ruta de los esclavos. El anciano rey de N'gola, pueblecito en la embocadura del río, tenía de trescientos á quinientos, y siempre que un negrero anclaba frente de su pueblo, le vendía veinte, treinta ó cincuenta esclavos. Dícese que este viejo rey negro poseía más de sesenta mil francos en monedas de oro, que guarda en un barril de pólvora. Es sabido que tenía comisionistas en Fernán-Vaz, en los lagos Zonangue, Ajingo hasta el río Ngugnie, en los saltos de Samba, en N'dyole, y entre los okandes.

Brazza remontó el río, y estableció un puerto en Lambarené y otro en el cabo López. Antes un aduanero vivía en N'gola. Habiendo fundado los Padres establecimientos en Fernán-Vaz y Lambarené, ha concluido la trata.

La raza que suministraba mayor número de esclavos es la de Aduma. Los expedicionarios y los PP. Davezac y Bichet fueron más allá de las rápidas; fundaron un puesto militar y una Misión en el centro mismo del

país, y hoy aquel pobre pueblo no vende ya por un vil paño ó por algunos platos de sal á su hijo, padre, madre, hermano, etc. Los adumas vendían á sus hijos cuando tenían muchos ó nacían algo deformes. Los hijos, convertidos en dueños, se desembarazaban á su vez más tarde de los autores de sus días.

El Ilmo. Le Berre y los intrépidos PP. Bichet y Davezac comprendieron que allí debía fundarse una Misión importantísima.

Mas el vicariato de Dos Guineas se extiende hasta el Níger y Benue, donde hay también innumerables poblaciones redimidas con la Sangre de Jesucristo. El Ilmo. Le Berre, á pesar de las dificultades de la empresa y de los sacrificios pecuniarios que exigía, empezó la fundación de Onitche, junto al Níger. Esta Misión adquirió verdadera importancia, y como por su distancia, ofrecía algunas dificultades de administración, el santo Obispo fué el primero en pedir su erección en prefectura apostólica.

Bata, junto al río Campo, es también un centro importantísimo de población. Los relatos de los misioneros instalados en Benito, decidieron á S. I. á fundar allí un establecimiento.

El Muni es un caudaloso río, que en ambas riberas tiene numerosos pueblos pahuinos, ofreciendo inmenso campo al celo de los Padres, y precisamente fundóse en Muni la undécima Misión del vicariato apostólico.

Como se ve, cada año se han instalado nuevas Misiones, que han producido el aumento de cristianos y la extinción de la esclavitud.

Su Ilma. pasó á mejor vida en Julio de 1891, y el año siguiente fueron evangelizados el Alto Congo y las numerosas poblaciones de los alrededores de N'dyolé. Todos los años unos seiscientos infelices son regenerados con las aguas del bautismo.

LOS INDIOS EN LAS LLANURAS DE LA AMÉRICA DEL NORTE

POR EL RDO. P. LEGAL, MISIONERO OBLATO DE MARÍA INMACULADA

A un misionero que ha vivido mucho tiempo entre los indígenas del continente americano, debemos este estudio etnográfico, acompañado de grabados pintorescos é instructivos. Es un trabajo digno ciertamente de llamar la atención: la competencia del autor, su imparcialidad y el escrupuloso cuidado que ha puesto en su redacción, son otras tantas garantías de la exactitud de nuestros asertos. Esta breve monografía vale por un grueso volumen, pues hasta ahora nada se ha publicado tan completo sobre los indios de la América del Norte.

Todos los salvajes norteamericanos reconocen indudablemente un mismo origen: sin embargo, á pesar de las numerosas señales características que unen entre sí las diferentes tribus, ciertas particularidades les distinguen. Estas son debidas probablemente á las influencias del centro en que viven, á las diferencias del clima, y al género de vida y de ocupaciones habituales.

Desde este punto de vista los salvajes de la América

del Norte han sido clasificados en tres principales categorías, que presentan en efecto diferencias de costumbres muy notables. Son: 1.º los indios ribereños de los ríos y lagos, que viven especialmente del producto de la pesca; 2.º los de los bosques y selvas, que se sustentan con el producto de la caza, y tienen ciertas costumbres sedentarias, y 3.º los de las praderas, que viven también del producto de la caza, y principalmente de la del búfalo, pero acostumbrados á la existencia absolutamente nómada.

De esta última clase de salvajes me propongo dar algunas notas explicativas. Casi todos los tipos cuyos retratos reproducimos en las páginas 565 y 569, pueden considerarse en la clase de indios de las praderas. A decir verdad estas tribus, en otro tiempo enteramente nómadas, han tenido que modificar considerablemente su género de vida: los rebaños de búfalos han desaparecido; el torrente de emigración se ha extendido en las vastas soledades del Oeste, y los Gobiernos se esfuerzan por contener á las tribus en los territorios que les han sido designados. Así, pues, más bien que su género de vida actual, vamos á describir la vida del salvaje tal como era unos veinte años ha.

Indiquemos ante todo los principales pueblos que serán objeto del presente estudio.

Los *sioux*, varias de cuyas tribus están aquí representadas, habitan, lo mismo que los *poncas*, en el territorio del Dakota; los *gruesos-vientres* y los *cueruos*, en territorio de Montana. Encuéntrense los *parneacs* y los *otocs* en el Nebraska. Las diferentes tribus de los *utes* están repartidas en el Utah, la Nevada y el Colorado; los *sacos* y *zorros* hállanse en el Kansas. Los *narices-agujereadas*, lo mismo que los *navajas* y *apaches*, viven en la vertiente opuesta de las Montañas Berroqueñas; los *narices agujereadas* en el Idaho, y los *apaches* y *navajas* mas al Sud, en Nuevo Méjico y Arizona.

Todas estas tribus son muy conocidas desde largo tiempo por sus guerras incesantes entre sí mismas primero, y más tarde con el Gobierno americano. Como es de suponer, los pareceres y apreciaciones emitidas sobre estos pueblos salvajes son muy diversos.

Los que han tenido que luchar contra estas tribus exasperadas con toda suerte de injusticias, y han sido testigos de las escenas de crueldad inseparables de la guerra en el espíritu del salvaje, han pintado á los indios como seres peores que el bruto, ó más bien como demonios encarnados, absolutamente ajenos á todo sentimiento de humanidad. Para juzgar, empero, al indio con justicia y conocimiento de causa, no reunían aquellos las condiciones de independencia de espíritu necesarias para la estricta imparcialidad.

Todos los que, por el contrario, trataron con aquellas tribus salvajes en tiempo de paz, y cuando los ánimos no estaban soliviantados por la denegación de justicia y los más odiosos ultrajes, siempre se han hecho lenguas de la cordial hospitalidad recibida entre aque-

llos fieros nómadas de las inmensas llanuras del Oeste. Encontraron allí un pueblo feliz y libre, viviendo en la abundancia y complaciéndose en hacer partícipe de ella al extranjero asaz valeroso para confiar en la lealtad de sus huéspedes; un pueblo supersticioso, es cierto, pero exento de esas crueldades que son con sobrada frecuencia cortejo obligado de la superstición y la idolatría; un pueblo dominado hasta tal punto por la idea de la justicia y del honor, que le preservaba casi enteramente de crímenes y delitos en ausencia de toda legislación y de todo poder coercitivo; un pueblo ignorante de la mayor parte de los vicios que después ha conocido con la civilización; un pueblo inteligente y sociable, alegre y aún indolente, que había hasta entonces respirado la atmósfera de la libertad con la vivificante brisa de sus vastos dominios; un pueblo, en fin, dotado de notable aspecto físico y de constitución de hierro, que el vicio no había degenerado.

El salvaje ebrio y pordiosero, sucio y embrutecido, encuéntrase tal vez hoy, especialmente en los puntos en donde ha visto hartos de cerca la pretendida civilización; mas en los tiempos primitivos, cuando el salvaje era aún libre en sus inmensas praderas, seguramente no se hubiera dado con este fenómeno. Las crueldades que registra la historia se explican fácilmente por las necesidades de la lucha y el instinto de las represalias, provocadas por las atrocidades no menos reprensibles cometidas por los blancos. ¡Cuántos aventureros, escoria de la sociedad, iban sin ningún derecho á establecerse en sus terrenos, á usurparles la caza é imponerles un yugo arbitrario é infame que los primeros ocupantes ninguna obligación tenían de aceptar sin resistencia!

Sería, empero, tarea prolija hacer aquí la defensa de aquellos infelices pueblos, tan maltratados por los acontecimientos y más aún por la historia. Los documentos abundan, sin embargo, para restablecer la verdad de los hechos, y puede que algún día se lleve á cabo este trabajo de rehabilitación. Por desdicha, el último representante de la raza habrá desaparecido. ¡No importa! este hecho mismo, añadido á tantos otros de los que será legítima consecuencia, pesará como eterno remordimiento sobre aquellos que habrán contribuido tan injustamente á la extinción de una raza admirablemente dotada para la vida social y la virtud!

Nos limitaremos, pues, á dar algunos detalles acerca el género de vida de estos salvajes. Su *vivienda*, su *traje*, sus *adornos*, sus *armas de caza* y sus *armas de guerra*, todo esto nos proporcionará ocasión de hacer conocer muchas particularidades.

Este estudio no carecerá de interés para aquellos á quienes no es indiferente la suerte de estos pueblos, y que contribuyen á sostener las Misiones fundadas entre estas tribus y á auxiliar á los misioneros que, renunciando á todas las comodidades de la civilización, se internan en las grandes praderas americanas para evagelizar á infelices indios.

I

LA VIVIENDA DE LOS SALVAJES

Los grabados de las páginas 565 y 569 ofrecen los retratos de varios jefes, y el de la página 568 nos muestra su vivienda, el *wigwam* salvaje.

Esta es por excelencia la morada del indio de las praderas. En ella nació, y en la misma, joven aún, durante las veladas de invierno oyó maravillado las singulares relaciones de sus abuelos, y fué iniciado en las tradiciones extravagantes de su supersticiosa creencia, que en todas las fuerzas de la naturaleza y en todos los seres con quienes está en relación le hace descubrir misteriosas influencias á las cuales se cree sometido. En esta vivienda es donde, llegado á la edad madura, ha reunido á sus amigos y parientes para que participen de sus festines, y también donde ha transmitido más tarde á sus nietos las maravillosas leyendas de sus antepasados. Así el indio tiene apego á su vivienda, y cuando, merced al progreso de la civilización, llega á procurarse una morada más cómoda, con frecuencia montará la vieja tienda junto á su casa, y en ella hablará con gusto del tiempo antiguo, creyéndose allí, como dice, más enteramente bajo la mirada del Grande Espíritu.

En realidad, preciso es confesarlo, no puede darse habitación mejor adaptada á la vida del salvaje enteramente nómada, y acostumbrado á trasladarse á veces á grandes distancias en pos de los rebaños de la pradera.

La vivienda, entre los indios se hacía comunmente con pieles de animales muertos en la caza, y especialmente de búfalos. Estas pieles, una vez preparadas, las cosían en número suficiente para envolver el armatoste de un cono regular. Las pieles las preparaban al efecto arrancando primero el pelo, y adelgazándolas y curtiéndolas luego con instrumentos sumamente sencillos, pero muy á propósito para obtener el resultado propuesto. En algunas tribus era costumbre ahumar ó acecinar las pieles; con esto, si bien perdían su blancura, las defendían contra la acción de la lluvia, y una vez secas volvían á quedar muy suaves.

El armatoste de la vivienda lo forman unos veinte troncos de pino, largos y ligeros, que adelgazan en su parte inferior, para que sean de igual grueso en toda su longitud.

Dispuesto así todo, atan cuatro perchas por el extremo superior, y las colocan con los pies suficientemente separados, apoyando al rededor las demás. Entonces el conjunto de pieles que forma la cubierta de la tienda, se fija por arriba á otra percha apoyada contra los palos que formarán el fondo de la vivienda, y no hay más que hacer sino desarrollar la tienda á derecha é izquierda, hasta que los bordes se crucen por el frente, donde los juntan con alfileres de madera, pasándolas por agujeros hechos á propósito. Entonces, retirando más los palos por la base, dan á la tienda la tensión que quieren, y por medio de palillos fijan en el suelo todo el contorno inferior, y en caso de que el sitio esté expuesto á los vientos, dan solidez á la tienda

poniendo piedras ó cuerpos pesados en la orilla que toca en tierra.

Hay que observar que el frente de la tienda no está cerrado de arriba á abajo, pues en la parte inferior se deja abierto un espacio de cuatro ó cinco pies para servir de entrada, la que se cierra con una piel pequeña y rígida, fija á la tienda por la parte superior. En el interior queda libre en lo alto del cono un espacio de dos ó tres pies, estando cosidas á la tienda dos piezas suplementarias de forma triangular, que denominan orejas. Cada una de éstas tiene una pequeña abertura, y por medio de un palo puede variarse su dirección para impedir que el viento rechace al interior el humo del hogar.

Los géneros de decoración eran variados: sin embargo, pueden reducirse á cierto número de tipos que se perpetuaban de una á otra generación. Para estos adornos, los indios utilizaban los colores más brillantes que podían proporcionarse. Unas veces trazaban anchas fajas de diferentes matices, transversal ú horizontalmente; otras, sobre un fondo uniforme, había placas de diversos colores que se destacaban del fondo con mucho vigor; y en ocasiones representaban figuras de animales; por ejemplo, una hilera de cabezas de búfalo, dando la vuelta á la tienda, antílopes, grupos de faisanes ú osos luchando, ciervos, etc., etc. Contábase asimismo la tienda de la serpiente. Dos serpientes de cascabel ocupaban el ruedo de la tienda, y sus cabezas se mostraban amenazadoras á derecha é izquierda de la entrada, reuniéndose en la parte opuesta los extremos de

las colas. Por excepción el guerrero representaba alguna vez sus expediciones de caza ó de combate. Estas pinturas, hechas para ser vistas á distancia, eran trazadas á grandes rasgos.

Aunque el dibujo, especialmente en las figuras de hombres y animales, no fuese muy correcto, cada ser viviente estaba caracterizado de suerte que no podía confundirse. Hay que añadir que estas pinturas estaban hechas en un estilo que pudiéramos llamar hierático ó tradicional, de suerte que todos los salvajes representaban cada objeto de la misma manera, sometiéndose á ciertas leyes no impuestas por la naturaleza. Así, por ejemplo, no representaban la serpiente de cascabel con repliegues sinuosos y redondeados, sino más bien por una serie de líneas rígidas y rotas, pintadas alternativamente en dos colores.

Las viviendas eran de dimensiones variables, según el número de los que debían ocuparlas. Algunas tendrían veinte pies de diámetro en la base y más de veinticinco de altura, pudiendo albergarse cómodamente en ella tres ó cuatro familias, comprendiendo de veinte á treinta personas, y en los festines había lugar para cuarenta.

Algo debemos añadir ahora sobre el menaje, que cuando abundaba el búfalo en la pradera era casi rico y suntuoso en razón de los magníficos tapices que ostentaba. Pielles de búfalo curtidas rodeaban toda la tienda hasta la altura de cuatro pies del suelo, y algunas de ellas, quitado el pelo, aparecían adornadas con pinturas.



ARABIA. — Beduinos del Sinaí, de la tribu de los djebelíyeh. (Pág. 567)

Las camas están al rededor y extendidas en el suelo, separadas por una especie de enrejado hecho con mimbres, de forma triangular y con adornos, y sostenidos por unas trébedes de palos muy sólidos.

Hay un enrejado á cada extremo del lecho, pues cuando lo ocupan dos personas, no se acuestan en el mismo sentido, sino cada una en el extremo opuesto.

transportar la vivienda, en menos minutos de los empleados para montarla está deshecha y arrollada, y como la misma operación puede hacerse simultáneamente en todas las tiendas, sucede que un campamento de dos ó trescientos wigwams, á los quince minutos de dada la orden por el jefe está en marcha hacia su nuevo campamento.



AMÉRICA DEL NORTE.—Tipos de indios, sacados de fotografía. (Pág. 563)

Chippeway
Pawnee

Otoes

Siux
Grueso-Vientre

Pie-Negro
Saco y Zorro

Grueso Oso

De lo alto de las trébedes cuelgan el carcaj, el arco, los adornos, armas ó vestidos del respectivo ocupante. En los intervalos se guardan los útiles de cocina ú otros objetos.

Los sacos conteniendo los vestidos de reserva, el *permican* ó carne molida y las provisiones de carne seca se coloca en muy buen orden, de suerte que el interior está perfectamente ocupado.

El sitio de honor, que es el frontero á la puerta, se destina al jefe de familia, y en su parte superior guárdanse las principales riquezas, los objetos supersticiosos, el calumet sagrado y otras reliquias que se consideran genios tutelares de la familia.

El hogar está en el centro: algunas piedras de tres ó cuatro pies de diámetro retienen la ceniza y las brasas: una trébedes de madera, de regular altura, á la cual hay fijos una cadena y un corchete, sirve para suspender la caldera. Sin embargo, en época de calor acostumbran guisar á fuera, como se representa en el grabado de la página 568.

Cuando hay necesidad de cambiar de campamento ó

La hermosa tienda de pieles de búfalo y los ricos tapices pertenecen á la historia, habiéndolos substituídos la tela de algodón; pero todo lo demás subsiste de la misma manera entre los pueblos que, como los piesnegros, viven buena parte del año bajo las tiendas.

VIAJE AL SINAÍ

POR EL R. P. MIGUEL JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

IV

El paso del mar Rojo y los descubrimientos modernos

Todo el relato de Moisés concuerda con los lugares señalados por la antigua tradición monástica, debiendo sólo intercalarse en la lista de las estaciones de Israel, escrita en el capítulo XXIII del libro de los Números tres campamentos de noche entre Etham y Pihahiroth.

Ciertamente siempre se ha entendido que esta lista indica los campamentos de noche separados por una jornada de camino; comprender de otra manera esta enumeración sería arbitrario. Sin embargo, en uno u otro caso, en donde la distancia de los lugares lo exige, puede admitirse más de un día de marcha entre dos estaciones consecutivas, sin contradecir el Sagrado Texto. Al fin y al cabo, estación y día de marcha no son sinónimos.

Aquí se ofrece uno de estos casos. Desde la estación de Etham á la de Elim, ciertamente situada en el uadi Garandel, en la costa sinaítica, á más de ciento ochenta kilómetros de Etham, la lista del libro de los Números indica solamente cinco jornadas ó estaciones; pero la distancia evidentemente exige más. A mayor abundamiento, el relato de Moisés deja entrever que transcurrió más de una jornada entre la partida de Etham y la estación siguiente delante de Pihahiroth. ¿Quién, en efecto, puede imaginar que en una sola jornada la noticia de la fuga de los hebreos fué transmitida desde Etham á Tanis, donde se hallaba Menephtah; que este príncipe reunió un ejército, más de seiscientos carros de guerra, y alcanzó á los fugitivos, que le llevaban considerable delantera?

Los hijos de Israel habían inmolado el cordero por la tarde, el 14 del lunar de Nisan, que fué desde entonces contado como el mes primero del año (1). Habiendo partido de Ramessés el 15 por la mañana (2), pernoctaron en Soccoth, y llegaron el 16 á Etham, de donde partieron el 17. Fúeles preciso caminar cuatro días para recorrer los ochenta ó noventa kilómetros que separan el lago Timsah de la playa de Suez, de suerte que hasta el 20 por la noche no pudieron acampar delante de Pihahiroth. El 21, al clarear el día, estaban al otro lado del mar; Moisés entonó el himno de gratitud: «Cantemos al Señor porque ha hecho brillar su gloria...» y todo el pueblo transportado de gozo cantó con él.

Era, pues, aquel día el séptimo desde que partieron de Ramessés. Dios, que se complace en armonizar sus preceptos con las necesidades de sus criaturas, les había ordenado, al partir de Ramessés, que no comiesen pan fermentado durante siete días (3), pues no hubieran tenido tiempo para prepararlo en una huída tan precipitada. Pero el séptimo día están ya en seguridad; nada les apremia, y llegada la noche, pueden preparar la levadura con la pasta que traían (4), y cocer pan fermentado y comerlo.

Preciso es reconocer, sin embargo, que esta localización del paso milagroso del mar Rojo, entre Suez y el monte Attaka, no puede afirmarse con entera certeza, á pesar de la antigüedad de la tradición que la consagra y de su satisfactorio acuerdo con el Sagrado Texto.

Las obras del canal marítimo y recientes excavaciones han dado origen á una opinión que se presenta con visos de verdad, pero cuyo valor únicamente podrán aquilatarlo descubrimientos ulteriores. Sin aceptarla, queremos que conste en nuestro relato.

Los ingenieros del canal de Suez, y después de ellos

varios autores franceses, han dicho que los lagos Amaros, en la época del Exodo, hace cinco mil doscientos años, eran una sola cosa con el mar Rojo, y formaban la punta del golfo Heroopolitano. Admitida esta prolongación del golfo, es de creer que los hebreos no se adelantarian algunas jornadas en una especie de callejón sin salida entre el mar y la cordillera del Geneffe. Se detendrían á poca distancia de la extremidad del golfo, frente del gran lago actual. Allí hay una vasta llanura, la de Fait, donde los hijos de Israel pudieron acampar cómodamente; á Poniente el pico aislado de Chebrewet, dominando la comarca, se ofrece como un notable punto de abrigo para designar el campamento: algún otro montecillo, que se divisa al Sudoeste, pudo servir para el mismo objeto; fácil es representarse dónde pudieron estar Pihahiroth, el campamento, la torre de Magdalo y Beelsphon. El sitio corresponde tan bien al Sagrado Texto, que, leyendo el Exodo desde lo alto del pico de Chebrewet, en 1884, se nos representó como si tuviese efecto á nuestros pies la escena del paso milagroso del pueblo de Israel al través de las aguas (1).

Los hebreos pudieron llegar allí la tarde misma del día que salieron de Etham. En la opuesta orilla se extiende el árido desierto del Sur, por donde divagaron tres días, alejándose hacia esta dirección, antes de encontrar las fuentes amargas de Ayun-Muça, que Moisés llamó Marah. Desde allí en tres jornadas llegarían al oasis de Elim.

Que los lagos estuvieron antiguamente unidos al mar, muchos hechos parecen demostrarlo, pero la geología y las ciencias naturales difícilmente dan fechas. Los geógrafos antiguos, hasta Herodoto (484-406 antes de Jesucristo), atribuían al istmo casi la misma anchura que tiene hoy día: de época más remota nos faltan documentos. Tal vez en tiempo de Moisés, siete siglos antes de Herodoto, los lagos formaban parte del golfo; á los egiptólogos corresponde ahora ilustrarnos con nuevos descubrimientos. El Sr. Naville ha inaugurado ya el camino, pues ha encontrado en las ruinas de Pithom una estela en la que se lee dos veces el nombre de Pikehereth, probablemente idéntico al Pihahiroth del Exodo (2). Aunque la inscripción no determina la situación de la ciudad, cree hay motivos para suponerla á orillas del gran lago Amargo, cerca de la embocadura del canal de Ramsés II. Por consiguiente, si este sabio no se engaña en sus inducciones, el paso milagroso de los hijos de Israel se verificó por el lago Amargo, que entonces formaba parte del mar Rojo.

La divergencia de la tradición cristiana de los primeros siglos se explicaría, en este caso, por los cambios sobrevenidos en los límites del mar.

V

En Suez, y partida

La ciudad moderna de Suez ciertamente interesa muy poco. El extranjero no encuentra en ella ningún monumento, y ni siquiera el lujo oriental que admira en

(1) Exod. xii, 6, 2; Esther, iii, 7.

(2) Num. xxxiii, 3.

(3) Exod. xiii, 6.

(4) Exod. xii, 34.

(1) *L' Egypte, souvenirs bibliques, et chrétiens.*

(2) *Egypt Exploration Fund, feris general meeting.—Store city of Pithom and Route of the Exodus.*

las habitaciones y bazares del Cairo. Suez no tiene porvenir, ni comercio, ni industria, y será siempre lo que es hoy, una aglomeración de infelices árabes, una colección de Agencias marítimas, y el tercer centro de explotación del canal.

Transfórmase, sin embargo, ó mejor dicho se transporta á tres kilómetros hacia el Sur, en la península de Terraplén, formada con las tierras que se sacaron para construir el canal, frente de su embocadura. Allí hay las oficinas y almacenes de la Compañía, y un depósito de carbón para los buques. Al mismo punto emigran los agentes de las Sociedades de navegación, para estar más cerca de sus buques.

La Compañía del canal acaba de construir en Terraplén una iglesia encomendada á los Padres Franciscanos, con escuela de Hermanos á izquierda y de Religiosas á derecha. Aquí, lo mismo que en Suez, se celebran solemnes procesiones por las calles, sin que la Autoridad lo considere peligroso para el orden público, á pesar de que entre ambos centros no pasan de mil quinientos los católicos, frente de mil ochocientos griegos cismáticos y de veinte mil musulmanes.

El viaje al Sinaí tiene que hacerse bajo la protección de los monjes griegos cismáticos del convento de Santa Catalina, situado al pie de la santa montaña, con los camelleros de la tribu de los djebeliyeys (*V. el grabado de la pág. 564*), al servicio del monasterio, y con las condiciones impuestas por el superior ó su representante.

Nuestro propósito es dirigirnos en barca á Thor, puertecito de pescadores en la costa sinaítica del golfo, á doscientos treinta kilómetros de Suez. Allí, en una sucursal del convento de Santa Catalina, nos proporcionarán camellos: en dos ó tres días llegaremos al monasterio, y volveremos á Suez siguiendo en sentido inverso la ruta de los hebreos. Nos aseguran que, gracias al viento N. N. E. que sopla habitualmente en el golfo, en veinte ó treinta horas nos llevarán las embarcaciones á Thor: esta travesía economiza mucho tiempo, fatiga y dinero.

Por desdicha encontramos una sola barca, pues todas habían partido para apoderarse de los despojos de un buque alemán que chocó junto á la isla Cheduán, y tuvo que ser abandonado por la tripulación.

Habíamos leído en alguna parte que á los barqueros de Thor les producen unas cien mil pesetas anuales las embarcaciones abandonadas en los arrecifes de la entrada del golfo. Todos habían partido como bandada de buitres á la primera noticia del siniestro.

Forzoso nos es, pues, abandonar nuestro proyecto de navegación. Iremos de Suez al Sinaí siguiendo por tierra el camino de los israelitas, y volveremos visitando las localidades interesantes situadas fuera de esta ruta. El Sr. Athanasios, representante ó wakil del convento, dispondrá todo lo necesario. A su puerta hay dos djebeliyeys, aguardando un cargamento para el monasterio. Inmediatamente trata con ellos las condiciones de nuestro viaje, del modo conveniente para pobres Religiosos. Una vez en el convento, el procurador de la Comunidad tratará las condiciones del regreso.

Escogemos en su almacén los víveres necesarios para veinte días de desierto. En cuanto á tienda, resolvemos no alquilar ninguna, pues son harto voluminosas, y se pierde mucho tiempo en armarlas, por lo que hemos pasado sin ellas en más de una excursión. Sin embargo, el Sr. Athanasios insiste para que compremos siquiera un pedazo de tela, palo y bramantes.

—Todo esto puede llevarse bajo el brazo, nos dice; se instala en menos de quince minutos, y quedará propiedad de V. por una libra inglesa.

Cierto que esto no preserva casi de nada; pero á lo menos nos defenderá algo del viento al celebrar la Santa Misa.

Se fija la marcha para el día siguiente, 8 de Noviembre de 1889. Los camelleros nos aguardarán al lado opuesto del canal.

En el momento de embarcarnos un aduanero nos detiene, pues si bien no abandonamos el territorio egipcio, salimos del límite de acción del Gobierno. Por lo demás, todo se reduce á una frase de excusa por nuestra parte y á un atento saludo del oficial. Por fin vogamos, aunque sin trabajo, por una laguna tan poco profunda que nuestra barca choca á menudo con el lecho del canal.

Bonaparte, al volver de las Fuentes de Moisés, quiso abreviar el camino evitando rodear el golfo, y entró en el vado. Había anochecido, y la marea aumentaba con mucha mayor rapidez de lo que se había creído, y á pesar de los esfuerzos de los guías del país que lo escoltaban, el general estuvo á punto de perecer ahogado.

Nuestra travesía en barca á la hora del sol poniente es menos trágica y más placentera. Sólo se oye el ruido de los remos y el canto cadencioso de los barqueros salmodiando á dos coros una especie de letanías, en la que tiene lugar el nombre de Dios, el del profeta, y también el de la hija de un rey. En los cantos árabes nunca falta algo de *Las Mil y una Noches*.

Tardamos hora y media en llegar á la orilla asiática del canal. Algunas chozas de beduinos, camellos, haces de leña y sacos de carbón vegetal revelan dónde está el mercado, principal depósito del mezquino comercio de la península con el continente.

Cuando se construyó el canal los ingenieros mandaron hacer una almadía para pasar los camellos de una orilla á otra; pero éstos rehusaron tenazmente embarcarse. Los monjes del Sinaí, mejor instruidos, reclamaron un puente volante, que se construyó en el extremo de la laguna. Los camelleros que van más allá de Suez (*V. el grado de la pág. 561*), son casi los únicos que lo utilizan.

Antes de partir hay tiempo para dar vuelo á la fantasía: el lugar se presta á ello. Allí, como en el Bósforo, dos partes del mundo están frente á frente; pero aquí no es la pequeña Europa, sino la inmensa África, que se levanta al Occidente frente del Asia, y ¿qué diferencia entre estos dos encuentros de continentes? A orillas del Helesponto, Europa y Asia aparecen adornadas de verdor con un ceñidor de laureles, como dos rivales luchando por la victoria, no con la fuerza y el hierro, sino con las armas más nobles del espíritu. Aquí, en este mezquino estrecho de Suez, Asia y África se miran como dos combatientes que se han arrojado



AMÉRICA DEL NORTE.—Viviendas (*wigwags*) de los indios. (Pág. 565)

el guante, deseosos de medir sus fuerzas en terrible duelo. El Africa levanta con fiereza la poderosa masa del monte Attaka, y Asia contrapone la vasta frente del Djebel-er-Raha, con todos los horrores del desierto (Schubert).

Al medio día están dispuestos los camellos, dos para nosotros, y uno para el agua y el equipaje. No son dromedarios, ni siquiera tienen la silla alta de dos jorobas, que, con frecuencia, constituyen toda la diferencia entre el dromedario y el camello, por más que diga Buffón: traen albardas prolongadas para el equipaje, en el cual nuestros cobertores de noche hacen oficio de almohadas. Sobre esta plataforma puede uno sentarse en todos sentidos, lo que disminuye la fatiga de una marcha prolongada. El que nunca ha viajado de esta suerte, experimenta alguna inquietud viéndose á tal altura sin apoyo; pero la impresión pasa pronto, por lo muy seguro y regular del paso del animal. Por lo demás, sentados en miserables albardas sobre camellos ordinarios, sufriremos incomparablemente menos que tantos nobles viajeros en sillas engualdrapadas sobre hermosos dromedarios.

Nuestros camelleros no parecen musulmanes: fácilmente se adivinaría que tienen sangre cristiana, aunque no lo dijese la historia. Los djebeliyebs descienden de esclavos cristianos, prisioneros de guerra, que el emperador Justiniano señaló á los Religiosos del Sinaí para protegerles contra los idólatras de la Península: profesan, no obstante, la secta de Mahoma. Audi, jefe del convoy, es un hombre honrado y decidido. Lleva turbante rojo, y un manto de algodón, color escarlata, de reserva para orar en un Nebi célebre, entrar en el convento, etc. Le acompaña su hijo Rabah, hermoso muchacho de doce años, aunque su padre sólo le asigna ocho. El segundo camillero, Hassán, parece un pobre hombre, pero es muy obsequioso.

DOS ÉPOCAS

EL grande é inmortal acontecimiento que en estos días hace converger todas las miradas hacia el Oriente y fijarlas en el establo de Belén, ha dividido la historia del mundo en dos eras, una de las cuales contó cuarenta siglos y la otra lleva ya diecinueve de existencia.

La primera época fué de tinieblas, de errores de todo género, de males innumerables en el orden natural y sobrenatural.

Las puertas del paraíso estaban cerradas aún para los justos, cuyas almas esperaban con ansia indecible el gran día del nacimiento del Redentor; un muro de bronce separaba á la criatura del Criador; la gracia del cielo no descendía cual lluvia fecunda

sobre las almas, yaciendo éstas en una especie de muerte. El hombre, en una palabra, vivía condenado á sufrir sin consuelo en la travesía de este mundo, llevando sobre su frente como un estigma, la maldición del Eterno, recaída sobre nuestros primeros padres.

La privación de la influencia divina producía en la humanidad una serie de males de todo género, que afectaban el entendimiento, la voluntad, el corazón, el orden privado y el orden público.

El entendimiento, naturalmente inclinado á la verdad, se sentía arrastrado al error, y llegó á ignorar las verdades más elementales del orden moral y los principios más comunes del derecho.

La voluntad, facultad del bien, amante de la virtud por naturaleza, sintió de un modo terrible la privación de la influencia divina de la gracia, y fué víctima de la fuerza letal del vicio, engolfándose en los desórdenes más vergonzosos, dejándose dominar por la tiranía de las pasiones, que después de hacer concebir desdén por la virtud, precipita en los más lamentables extravíos.

El corazón del hombre, centro de la circulación y de la vida, se hizo egoísta é indigno, después de haber sido formado para simbolizar el amor, la benevolencia, el heroísmo.

¿Para qué examinar el estado de la familia en la época horrenda que precedió al Niño de Belén? Todos sus resortes estaban gastados, todos sus miembros corrompidos, todo su hermoso mecanismo destruído.

¿Cuán triste era la suerte de la mujer, del hijo, del anciano, del pobre, del menesteroso, en aquellos días de verdadera desventura!

La mujer era esclava, el hijo era una cosa que el padre podía vender á su gusto, el pobre era un ser despreciable, el anciano un estorbo de que era necesario librarse; en fin, todo el que sufría merecía desdén profundo en el mundo pagano, de modo que las palabras *misericordia* y *caridad* eran desconocidas.

¡Tal era la época antigua, la era que precedió al nacimiento del Niño de Belén!

Mas después de aquel día, jamás bastante ponderado, cambió completamente la faz de la tierra y la humanidad se lanzó por nuevos derroteros.

La inteligencia recibió luz del cielo, la voluntad fué fortalecida en la lucha contra el mal por la divina asistencia, el corazón fué regenerado por la enseñanza del Corazón de Jesús, y todo en la familia y en la sociedad fué santificado y elevado á su primitiva dignidad y grandeza.

Entonces se rompieron las cadenas de la esclavitud que aherrojaban el humano linaje, y comenzó á brillar en el horizonte de los pueblos la era hermosa de la libertad.

CRÓNICA

España.—La Asociación primaria de señoritas, auxiliadora de las Misiones, ha celebrado en Madrid la Exposición anual de las labores dedicadas á la benéfica y cristiana Obra propia de su Instituto.

La Exposición ha sido brillante y lucida muestra del generoso esfuerzo desplegado por las aristocráticas señoritas que forman esta benemérita Asociación, tan eficazmente cooperadora de la propagación de la fe católica. En los salones que componían la Exposición había ornamentos sagrados, custodias, escapularios, Evangelios y trajes para los infieles. También figuraba una magnífica campana de bronce regalada por la fundadora de la Asociación, la joven Marquesa de Guadalcázar, Condesa Villa-Amena



AMÉRICA DEL NORTE.—Tipos de indios. (Pág. 563)

Ute
Apache

Siux
Halcon-Negro

Grueso-Danta
Osage

Pescado
Cuervo

Los hijos ya no fueron considerados como cosas con que se trafica; la mujer dejó de ser la sierva del hombre para ser su compañera, y los ancianos, los pobres, los miserables, oyeron que su estado y condición no importaba una ignominia, y supo el mundo que socorrerlos era una obra noble y bendita, comenzando á levantarse desde aquel momento hospitales y asilos, donde el dolor y la orfandad encontraron alivio, refrigerio y amparo.

¡Ay del día en que los pueblos olviden la doctrina santa de Jesús! porque las tinieblas del Paganismo volverán á reinar sobre la tierra, y con ellas el monstruo de la esclavitud ominosa que oprimió la descendencia de Adán en aquella época de muerte.

y de Armildez de Toledo. Las ropas y objetos de la Exposición se destinan á las Misiones de los reverendos Padres Agustinos que evangelizan los pueblos de la isla de Luzón, en Filipinas. La Exposición fué visitada por los excelentísimos señores Nuncio de Su Santidad, Arzobispo-obispo de Madrid-Alcalá y Obispos de Sión, Jaca y Palencia, quienes no escasearon á la Asociación sinceras frases de elogio, favoreciéndola además con sus limosnas.

Sinceros aplausos merece esta piadosa Asociación, en la que las aristocráticas jóvenes consagran su celo por la gloria de Dios al amparo de pobres infieles y á dar eficaz ayuda á los misioneros españoles, de las que ellas son celosas cooperadoras.

—Los misioneros capuchinos de las Carolinas, presididos por el P. Llevaneras, solicitan autorización para fundar Casas-Misiones en tres islas de las principales, en el grupo de las Palaos ó Pelew, como las llaman los navegantes extranjeros. No piden al

Gobierno subvención de ninguna especie, ni aun fuerza militar que proteja las Misiones.

Holanda.—El periódico holandés *Telegraph* ha publicado un artículo en que se pide al Gobierno de la Reina que entable las más cordiales relaciones con la Santa Sede y mande una legación al Vaticano. Dice que se debe ese acto de cortesía, no sólo á la minoría católica del país, sino á la indudable influencia moral de los Papas, y que una potencia colonial tan importante como la neerlandesa no debe estar privada de relaciones directas con el Vaticano, en el que tienen fija la mirada tantos países á medio civilizar de todas las zonas y de todos los mares fuera de Europa.

Es incalculable la impresión que ha producido en el país el mencionado artículo del *Telegraph*, que debe llenar de confusión á tantos políticos sectarios.

Japón.—Desembarcó en el Japón el primer apóstol de la India el día de la Ascensión de Nuestra Señora. Sus sucesores inculcaron profundamente en el corazón de estos pueblos el culto á la Virgen. Miles y miles de mártires murieron pronunciando su dulce nombre. Varios tuvieron visiones y aspiraciones de la Madre de Dios en los momentos más difíciles del suplicio. Y cuando llegaron á faltar los sacerdotes, la devoción á María conservó la Religión católica en estas regiones durante tres siglos de sangrienta persecución. En 1847, cuando el Japón más que nunca parece inaccesible á los misioneros, declaró Pío IX á la Virgen, Patrona principal del imperio japonés. En 1854, el año de la proclamación de la Inmaculada Concepción, se abrieron las puertas á los Apóstoles del Cristianismo. El Sumo Pontífice, en vista de los brillantes milagros hechos en el Japón por la Virgen, ha instituido una fiesta particular de Nuestra Señora del Japón.

India.—El Rdo. P. Fallize, de la Congregación de la Santa Cruz, y misionero en Bengala Oriental, escribe á sus hermanos de la Universidad de Nuestra Señora Indiana, que el Rosario es la devoción predilecta de los católicos de la India.

«En los viajes que hago entre ellos, dice, me veo constantemente importunado por gente que me pide rosarios. Muchos de los indígenas se rodean el cuello con el Rosario, y lo llevan puesto día y noche, no ya á guisa de adorno, como yo suponía al principio, sino como señal distintiva que los dé á conocer por cristianos, y para tener siempre cómo emplear media hora en que no estén ocupados. El padre que, al ponerse el sol, vuelve de su trabajo en los campos, antes de sentarse á tomar la modesta cena de arroz, se encierra en un cuartucho en donde hay un altar, ó al menos una piadosa imagen ó una cruz. Allí, en el silencio y la soledad, reza el Rosario, considerando esta práctica devota como una obligación de conciencia.

«Hermosa es la costumbre, añade, que se observa en una de las aldeas que están bajo mi jurisdicción. Durante la Cuaresma se juntan los hombres todas las noches, y andan en procesión por las calles rezando el Santo Rosario. Les recomendó tan buena costumbre uno de mis predecesores, con ocasión del cólera que se cebaba en la comarca. El azote desapareció, mas el rezo del Rosario por las calles continúa todavía»

El celoso misionero concluye su relato con la siguiente reflexión, muy oportuna por cierto: «¡Qué hermoso ejemplo dan estos hijos de la Iglesia, de tez oscura, tantos cristianos á quienes su educación y completa instrucción religiosa deberían impulsar con más ardor á acudir á Aquella que es nuestro Refugio en la tierra, y Causa de nuestra alegría en el cielo!»

Fernando Poo.—El Rdo. P. Alfredo Bolado, C. M. F., desde Concepción escribe el 29 de Octubre último al Rdo. P. José Mata:

«Mi respetable y muy amado Padre: En la carta que con fecha 1.º de Mayo escribí á V. para que se sirviera hacer llegar nuestros agradecimientos á los oídos de las personas bienhechoras de estas Misiones que el compasivo Corazón de María tiene entre estas necesitadísimas gentes, le manifestaba asimismo los pequeños trabajos de nuestro santo ministerio que el Altísimo en su bondad se digna bendecir.

«Ahora, á los anteriores puedo añadir los siguientes: Además

de las instrucciones catequísticas que tenemos diariamente en Casa, en español y en bubí, pues hemos podido hacernos un Catecismo de religión en esta última lengua, que no encontramos difícil de aprender, y de las pláticas dominicales y panegíricas de fiestas que, según permiten las circunstancias, procuramos celebrar con sus correspondientes meses y novenas al estilo de España. El 25 de Julio, celebrando á nuestro patrón Santiago, pudimos ofrecerle un nuevo discípulo de Jesús y un súbdito de España: me refiero al bautizo de un joven de quince años.

«Después, el día de San Joaquín tuvimos también el gusto de ver regenerado con las aguas saludables del Bautismo á un hombre de unos cuarenta años y una mujer de veinticinco, los cuales á continuación recibieron la bendición nupcial.

«Se han hecho también algunas expediciones por los pueblos en medio de lluvias y soles, de las cuales por ahora no vemos al ojo un fruto muy copioso; pero tenemos paciencia, y confianza que Aquel á quien únicamente pertenece dar el incremento, lo hará en el tiempo y modo que le plazca.

«Oraciones, pues, mi muy querido Padre, son las que deseamos conseguir de V. y de todos nuestros estimados Hermanos de nuestra predilectísima Congregación, como también las de todas aquellas personas verdaderamente cristianas que reconocen como hermanos á todos los redimidos con la preciosa Sangre de nuestro adorable Redentor, sin hacer distinción entre civilizados y bárbaros, entre blancos y negros.»

Estados Unidos.—Ha pasado en ambas Cámaras el proyecto de ley autorizando al Estado de Wisconsin para erigir una estatua al P. Marquette y colocarla en el Capitolio de Washington. El presidente Cleveland ha puesto su firma al proyecto, lo que no se atrevió á hacer el año pasado el presidente Harrison, aunque la Cámara de Representantes y el Senado hubiesen aprobado el mismo bill á que nos referimos.

Harto delicada era la conciencia del ex-Presidente. La del actual Presidente no parece que la atormenten tanto los escrúpulos. Por eso, quizás, ha aprobado lo que desaprobó su predecesor en la silla presidencial; y el P. Marquette, bien que jesuita, tendrá su estatua en la capital de la nación, según se propuso efectuarlo en 1887 la legislatura del Estado de Wisconsin, adoptando unánimemente la siguiente resolución: «Se autoriza con esto al Gobernador para hacer labrar y colocar en la dicha Cámara de Representantes (en Washington) una estatua del P. Marquette, aquel celoso misionero, cuyos trabajos entre los indios, y cuyas exploraciones entre los confines del Estado en los primeros tiempos, son objeto de grato recuerdo en todo el mundo civilizado.»

Con este motivo dice un periódico: «El pueblo de Wisconsin ha dado un ejemplo admirable á los de otros Estados, en que el sacerdote católico fué al mismo tiempo misionero y explorador. Sin embargo, se necesitaría una sala muy espaciosa para que cupieran en su seno las estatuas de todos los héroes que hicieron brillar la luz del Evangelio y de la civilización en las incultas y oscuras selvas.»

— Mr. Hamilton, ministro calvinista de los Estados Unidos, ha predicado últimamente un sermón en el que, al ocuparse de la Iglesia católica, dice lo siguiente:

«Obligados estamos á confesar que la Iglesia católica muestra una sorprendente vitalidad. Más de la mitad del orbe cristiano hinca la rodilla ante sus altares. Al través de deshechas tempestades, que dejan los asientos de nuestros templos protestantes casi vacíos, vemos á los católicos acudir numerosos á los cultos de su iglesia en la mañana, el medio día y la noche. Donde quiera que sus hijos fijen su morada, allí se levanta desde luego una iglesia, ostentando en su techumbre el emblema de la Redención.

«Sus misioneros corren á millares á todo país de infieles, y entre las grandes poblaciones de la India y de la China, cuenta diez convertidos por cada uno de los que el Protestantismo puede mostrar como fruto de sus fatigas. Ningún grado de sacrificio y abnegación exigido por su celo los arredra ó amilana. Ningún peligro los amedrenta. Donde quiera que logre penetrar, Roma erige pronto una universidad, un colegio y un seminario, lo mismo que una iglesia, y conquista miles de hijos é hijas de otras reli-

giones y hasta del Protestantismo. Pegados á su escuela é iglesias, pronto verán Vds. levantarse como por encanto sus aïlos para la indigencia y el infortunio. Es que ella es incansable en aliviar las penas y dolencias. Allí donde la peste hace la más espantosa cosecha de vidas humanas, allí verán Vds. á sus Hermanas de la Merced y á sus Padres confesores, no retrocediendo nunca ante el riesgo de contagiarse, no abandonando nunca el puesto en que su celo los ha colocado, no esperando nunca que pase el peligro y la muerte para ejercer su ministerio de caridad. Muchos piadosos sacerdotes han demostrado su sinceridad al par que su valor, con meterse hasta donde más arreciaba la pelea, hasta donde el plomo homicida cosechaba mas víctimas, sólo para consolar á los moribundos y prestarles los auxilios de su Religión.

«Los católicos deben hallar en la Iglesia algo que satisfice los más vivos anhelos de su alma. Si no, ya hace tiempo se hubieran apartado de ella como de una falsa madre.»

Méjico.—El Ilmo. Sr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, con cuyo retrato honramos el presente número, fué celosísimo protector de la grande Obra de la Propagación de la Fe. A él debieron los delegados de la misma, PP. Terrien, Gallen y Boutry, que fueran recibidos muy favorablemente en Méjico, pues consagró á tan importante Obra una magnífica carta pastoral. Este eminente Prelado, que nació en Zamora el 20 de Marzo de 1816, fué preconizado obispo de Puebla en 1855, transferido á la primacial de Méjico, en 1863, y pasó á mejor vida en 1891.

Patagonia.—El Rdo. P. Domingo Milanesio, salesiano, con fecha de 28 Junio de 1893, escribe desde Corral-Chico al reverendísimo Sr. D. Rua:

«Estamos en Corral-Chico á veinticinco leguas más arriba de Balcheta. Los bautismos ya llegan á cincuenta y tres, casi todos de indios, pequeños y adultos. Entre otros se cuenta uno de ochenta años, que se bautizó y casó después de muchos años de resistencia. Nos queda todavía mucho que andar hasta llegar al Chubut. Mañana, si Dios quiere, entraremos en los campamentos de indios, pero como se hallan diseminados en varios puntos distantes, nos darán bastante que hacer para verlos á todos y hacerles el bien que deseamos.

«Pida á Dios bendiga esta Misión, pues aquí es el caso de repetir con la Sagrada Escritura: *Nisi Dominus ædificaverit domum, in vñum laboraverunt qui ædificant eam*. La conversión de los indios es sin duda obra grande, mas sólo Dios la puede llevar á cabo.

«Acabo de experimentar un gran consuelo. Esta mañana ocho mocetones bautizados anoche recibieron la Santa Comunión y Confirmación de un modo edificante. Se va notando cada vez más, entre los indios de la Patagonia, y particularmente entre los de raza araucana oriundos de Chile, una propensión casi diría natural al Cristianismo. ¡Lástima que no tengamos los elementos para atraerlos más pronto!

«Espero que llegando nuestro querido Ilmo. Cogliero, traerá de Europa nuevo contingente de personal. Convendría establecer reducciones en los puntos más poblados, donde la acción continua de maestros y de misioneros celosos madurara la mies.

«No me detengo en escribirle las peripecias de esta Misión; pues sería cosa larga. Por lo general hemos debido dormir al raso, y nuestro alimento ha sido conforme á nuestra humilde cama; pero Dios ha compensado los trabajos con grandes consuelos.»

Noticias varias.—Según un convenio reciente entre el Vaticano y el Gobierno francés, Túnez, que en el orden de la jerarquía eclesiástica pertenecía á la *Propaganda Fide*, será sometido en adelante á la inmediata jurisdicción del Soberano Pontífice.

Esta decisión, considerada en las altas esferas eclesiásticas como de gran importancia para la nación vecina, ha sido debida á la iniciativa personal de León XIII, que ha querido dar así una nueva prueba de afecto á Francia.

VARIEDADES

NAVIDAD AL PIE DEL SINAI

Os acordáis, Carlos, de aquella hermosa noche de Navidad que pasamos, ahora años, á bordo del *Hoogly*, que regresaba de las Indias? Fué para mí uno de esos días que se señalan con una piedra blanca...

¡Cuánta alegría sobre el puente del inmenso *esteamer*! ¡qué fiesta tan gozosa, qué alegría tan piadosa!

Habíamos sufrido mucho, estábamos quebrantados por las fatigas de un largo viaje, agotados por los esfuerzos sostenidos contra la tempestad, y todavía la víspera nos parecía que el hilo que liga la vida iba á romperse repentinamente.

Vino la calma después de esas borrascas, y hoy tan sólo queda un recuerdo... sin amargura.

El cielo, de un azul intenso, estaba salpicado con todos los diamantes de su cofre, que se reflejaban en las olas y hacían brotar miríadas de chispas. Ninguna nube velaba ese azul inmaculado, de tal transparencia que nos parecía ver al través de los espacios un rayo luminoso del paraíso. La mar extendíase en torno nuestro, inmensa y de un negro moaré plateado.

Atrás, el buque dejaba una estela fosfórica, que se borraba apenas había sido trazada. Ni la brisa más ligera jugueteaba en las velas; sólo turbaba el silencio el ruido sordo del vapor y las jadeantes trepidaciones de la hélice.

A nuestra derecha, ¿os acordáis? elevábase una masa imponente cuya cima tocaba las estrellas: allí, Dios apareció á Moisés... Desde lo alto de esas ásperas cimas, Dios proclamó la ley divina que rige al mundo entero.

¡Sinai! ¡qué nombre!

Bajo la toldilla algunos marineros habían levantado un altar: una mesa cubierta con pabellones de todos colores, una cruz y dos candelabros de cristal colocados sobre un mantel blanco como la nieve. Nada más.

¡Y esto era grande, hermoso, augusto!

El fondo del altar, compuesto del pabellón sardo de tres colores, llevaba en el centro una cruz de plata en campo rojo: era el escudo de Saboya. Rara coincidencia, ¿no es cierto?

Cuando sonó el cuarto después de las once, se hizo gran tumulto en los camarotes, en el salón de pasajeros, en la proa y en la popa, por todas partes...

El P. M... apareció revestido de los hábitos sacerdotales con el santo cáliz en las manos. ¡Qué figura tan venerable, con sus largos cabellos canos que jugaban en torno de su frente, con esa noble expresión de recogimiento y de amor divino que reflejaban sus facciones!

Todo el mundo dobló la cabeza delante del misionero, que desde hacía treinta años recorría el universo, enseñando á las naciones el Evangelio del Redentor.

El P. M... había recorrido la China, las Indias, Oceanía. En Africa fué abofeteado; aprisionado en el distrito de Cachemira; padeció dos meses de enfermedad en Tien-Tsi. Durante treinta años ha sufrido, luchado, trabajado sin tregua ni descanso; después de labores



GABÓN.—Misión de San Francisco Javier en el Ogowé. (Pág. 561)

tan incesantes, posee por toda fortuna una sotana usada y el hermoso rosario de coral que le regaló el Santo Padre cuando fué á suplicarle que lo enviase al Ton-kin.

El tambor hizo un redoble y el sacerdote comenzó á officiar.

Introibo ad altare Dei...

Todos estaban presentes, el capitán, los oficiales, los hombres de gran gala, los pasajeros pobres ó ricos, turistas, emigrantes, prosternados en el mismo espíritu, con las mismas intenciones al pie de aquel altar. Sobre la mar bogaba, se deslizaba como un cisne sobre la onda fresca de un arroyo el hermoso navío con sus elegantes mástiles y su penacho de humo gris que ondea en los aires.

Yo estaba arrobado, y ¡cómo no! ¡asistía al sacrificio que se celebraba delante del Sinaí, sobre el mar Rojo, en medio de los recuerdos que traen á la memoria estos lugares!

Era un espectáculo maravilloso, y los corazones más endurecidos se habrían conmovido. Ese aire puro, ese firmamento diáfano, esos astros cambiantes de luces, esa mar límpida... ¡qué cosa más bella!

Muchos marineros de tez bronceada, que volvían de los confines del mundo, lloraban enternecidos.

Y yo pensaba que á esta misma hora, los míos también asistían á la Misa. Veía la multitud que se agolpaba gozosa, conmovida bajo los arcos romanos, bajo las bóvedas góticas de mi vieja catedral. Los órganos cantaban su celeste concierto, notas argentinas brotaban en medio de una haz de majestuosos acordes... los

óboes gorjeaban mezclados á los sonos más graves del violoncello. Creía oír la voz suave de los Angeles que repetían el coro armonioso y casi divino, el cántico admirable *Gloria in excelsis!*—C. B.

NECROLOGIA

RDO. P. FR. MIGUEL LUCIO, MISIONERO FRANCISCANO

En Tanay pasó á mejor vida el Rdo. P. Fr. Miguel Lucio el 27 de Agosto último. Nació en Burgos el 8 de Mayo de 1842, profesó en 6 de Julio de 1858, fué cura en Santa Cruz de la Laguna y Magdalena, secretario de Provincia en 1866, párroco de Paquil en 1867, de San Felipe en 1872, de donde pasó en 1877 á Tanay.

Profesó siempre un especialísimo cariño á sus feligreses indios, y trabajó cuanto pudo por su bien espiritual y temporal. Tuvo siempre una vida muy metódica, siendo tan amante del aseo de la iglesia y casa parroquial, que parecían una taza de plata.

Dió á luz en 1885 unas excelentes pláticas de muchísima utilidad para los párrocos, escritas en tagalog por el P. Pumarada, corregidas y arregladas por él; y en 1886 publicó sus *Instrucciones á los jóvenes Religiosos franciscanos*; y ha publicado varias novelas morales en castellano y en tagalog. Los periódicos de Manila han dado á luz muchos artículos literarios suyos. Era uno de los europeos que mejor poseían el tagalog, y sus escritos en castellano se distinguen por lo enérgicos y armoniosos. Entre los varios manuscritos que conservaba inéditos, merecen especial mención el titulado *Verdades*, que es una minuciosa relación de lo que es la Administración española en Filipinas; y el *Catecismo de la Doctrina Cristiana*, bilingüe, castellano-tagalog.

Llegó á Filipinas en 1863, en una Misión que presidió el Padre Fr. Gregorio Aguirre, actual obispo de Lugo, y ha muerto dejando memoria de haber sido un buen cura párroco de indios.

ÍNDICE

DE LAS PRINCIPALES MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO



Inglaterra.—Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Londres, 34.—Los católicos ingleses, 39.—Renta de la Iglesia anglicana, 260.

Herzegovina.—La Misión franciscana y la diócesis de Mostar.—Construcción de un Seminario, 123.

Turquia-Asiática.—Conversiones en la diócesis armenia de Marache, 26.—Las nuevas obras de beneficencia en Bagdad.—Asilo para huérfanos, 75.—Viaje del Ilmo. Soler á Mesopotamia por Mossul y Bagdad al través de los monumentos asirio-caldeos.—Importancia científico-bíblica de la Asiriología, 279 y 452.—La diócesis armenia católica de Sebaste, 362.—Los judíos en Damasco, 397.—Noticias de la Misión en Trípoli, Bicerri, Kobbayat, Alejandreta y Beilán, 409.—La diócesis greco-melquita del Aurán, 434.

Tierra Santa.—Una excursión por Galilea, 15, 61, 105, 176, 371 y 446.—Las Misiones católicas y el Sagrado Corazón, 25.—El Congreso Eucarístico de Jerusalén, 35, 154, 274 y 469.—Nuevo convento de Religiosas en el Monte Carmelo.—Toma de hábito de una señorita europea, 98.—Impresiones de viaje.—Triste situación de los Santos Lugares, 124.—Una procesión al lugar de la resurrección de Lázaro, 130.—Fundaciones piadosas de Tierra Santa, 205.—Peregrinos rusos en Tierra Santa.—Su fervor y sencillez.—Escándalos de los cismáticos griegos, 265.—Estado de Jerusalén.—Escándalos de los cismáticos, 337.—Aspecto de Jerusalén.—Degradación de los judíos.—Bienhechora influencia de la Religión católica, 361.—San Francisco de Asís y los Santos Lugares.—Heroísmo de los Franciscanos.—Carácter internacional de la Custodia de Tierra Santa, 385.—Los franciscanos en Oriente.—Su escandalosa conducta, 433.—*Hortus conclusus*, 450.—La patria de Nuestra Señora, 478.—Profanación del Santuario betlemítico, 553.

Persia.—Una audiencia de S.^m el Shah al Delegado Apostólico, 76.—Joven armenia en su casa.—Joven aprendiz sujeto al castigo del *felekeh*, 187.

China.—Fruto de las Misiones Franciscanas, 4.—Nueva Misión en Hui-oa.—Fervor de los neófitos.—Instalación de Beatas Terciarias de Santo Domingo, 52.—Un nuevo templo.—Piedad de los neófitos.—Celestiales favores, 289.—La librería en China, 382.—Juan Kho, lazarista chino, 395.—Los nombres de los chinos, 456.—El P. Ibáñez y las Misiones de China, 457 y 481.—Doble y codicia de los chinos.—Angustias de los misioneros, 505.—El Rosario del anciano, 530.

Notas sobre Chang-hai: Catedral de Tong-ka-du.—Supersticiones en Chang-hai, 250.—El ídolo Kue-sin, 274.—La gran procesión de penitencia, 298.—Sacrificios y oblacones usados en China, 322.—El suplicio de la canga, 351.

Corea.—Breve historia de esta Misión.—Sus mártires.—Sus necesidades presentes, 435.

Tibet.—Necesidades de la Misión, 169.

Japón.—Terremoto en Nagoya, 6.—Progresos de la fe, 100.—Conferencias religiosas.—Catequistas indígenas.—Descomposición del Buddismo, 147.—Costumbres japonesas, 167.—Un puente japonés, 188.—Últimos Mártires Dominicos del Japón, 228 y 252.—Hospital para leprosos en Gotemba, 339.

Cochinchina.—Persecución en Anam, 3.—La Misión de los salvajes.—Distritos de Kon-Hongo y Polei-María, 3.

Tunkin.—La persecución.—Martirio y heroica constancia de tres cristianos indígenas, 27.—Conversión de gran parte de los infieles de una residencia.—Medios de que Dios se valió.—Otras conversiones, 99.—Progresos de la fe.—Impoponentes procesiones católicas.—Nuevas iglesias.—Bautismos.—Quema de ídolos, 410.

Indostán.—Urgente necesidad de misioneros en Bengala, 52.—Entusiasta recepción hecha al Delegado de Su Santidad en Malabar.—Admirable firmeza de los católicos de Tangacherri, 78.—Las Religiosas indias de Nuestra Señora del Buen Socorro en Pondichery, 80.—El primer Obispo de Quilón en Malabar.—Reorganización de las obras católicas.—Satisfactorio estado de la Misión, 127.—Funerales de

los talapuinós, 432.—Pagodas, estatuas y monasterios budicos.—Exposición en Goa del cuerpo de San Francisco Javier, 529.

Ceilan.—*La lucha contra el Buddismo.*—La religión á la moda.—¿Qué es el Buddismo?—Gautama, precursor de los gnósticos y racionalistas.—Lucha contra la casta de los bracmanes.—El celibato honrado entre los buddistas, 392.—Desdicha de la existencia.—Niwana.—Indolencia.—Asesinatos.—Poliandria.—Degradación de los bonzos.—Buddistas blancos.—Teosofismo, 394.—Táctica de los misioneros.—Tibottugoda.—Conversión heroica.—Consuelos de los misioneros, 421.—Los kandianos.—Una iglesia á San Luís Gonzaga.—El Pico de Adán.—El pie sagrado.—La gran sombra.—Construcción de iglesias y de asilos para huérfanos, 467.—Punta de Gales.—Una cristiandad naciente.—Iglesia del S. Corazón en Tangales.—Amblangoda, 494.

Africa Septentrional.—El hambre en Chelif, 169.—Nueva Casa-Misión franciscana en Marruecos, 267.—Los Franciscanos en Marruecos, 498.—La Misión de Uargla y las principales tribus árabes del Sahara, 508.

De Cartago al Sahara: I, La región púnica entre los antiguos poetas.—La región púnica en la historia.—La Iglesia de Africa.—El castigo, 18.—II, Túnez la Blanca.—Las mezquitas.—Los Suks.—El Ramadán, 20.—III, Cartago saqueada.—La Marsa.—Riqueza del Museo.—Arabal de Megara.—Basilica de San Luís, 38.—IV, Las ruínas.—Las termas.—El teatro.—Las cisternas.—Los templos.—Las basilicas.—El anfiteatro.—Las grandes cisternas.—San Cipriano.—La capilla de Santa Mónica, 63.—V, La Marsa y el Bardo.—Una francesa en el harén.—La partida.—La vía romana y las ruínas del acueducto.—La llanura de Mahamedia.—Zaghuán.—El arco de triunfo.—Una calle singular.—La posada, 64.—VI, Zaghuán.—Las fuentes.—El templo.—La montaña.—Las ruínas de Botria.—Encantos del desierto para el árabe.—Las mujeres de Takruna con marcas picadas.—El terreno del Enfida.—Enfidavilla.—Mala voluntad de los árabes, 84.—VII, La seguridad en Túnez.—Causas que retardan la colonización.—Los nómadas.—Los ratones.—Los gorriones.—Las avispas.—Las langostas.—El siroco.—La arena.—Los monumentos megalíticos.—Zaghuán, 107.—VIII, Keruán.—Aspecto de la ciudad.—Los Zlass.—Fundación de Keruán.—El slugbi Barata.—El mercado.—El farik.—La mezquita mayor.—La Zahufa del Khangrani.—La mezquita del Barbero, 131.—IX, La mezquita de los Sables.—La primera iglesia de Keruán.—El chauch Haissein.—Los Suks.—El lavado de la lana.—El estanque de los Aglabitas.—Adornos de las mujeres.—Los juegos, 155.—X, Población de Keruán.—Carácter pacífico de los habitantes.—La entrada de los franceses.—La tribu de los zlass.—Creencias musulmanas.—Los judíos.—El territorio.—Los indígenas del Este y los del Oeste.—La ruta.—Alto junto á los pozos, 178.—XI, La llanura de Keruán.—Hadjed-el-Aiun.—Ruínas de Djilma.—Sbeitla.—Ruínas.—El arco de triunfo.—Los tres templos.—Historia de Suffetula.—La hija de Jerjes.—Embarazo de los viajeros.—El aduar.—El kus-kus, 206.—XII, La velada en el campamento.—Un cantor y dos músicos.—La despedida.—La tumba de Flavio.—Kasserine, 232.—XIII, Telepta.—Recuerdos del pasado.—Feriana.—El oasis.—El arenal.—El desfiladero de Kangret.—Ogueff.—La tumba de Julio Rogato.—El mausoleo de Urbanilla.—Llegada á Gafsa, 255.—XIV, Los Padres Blancos.—Origen de Gafsa.—Su importancia.—Campana de Mario.—La ciudadela.—Las piscinas.—Las fuentes.—El clima.—Los habitantes.—Su industria.—Sus trajes, 256.—XIV, Los cultivos del oasis.—La palmera.—Su utilidad.—Vino de lagmi.—El Djerid, 282.—XV, El jaloque.—Horas de angustia.—Oasis de El-Hamma.—Tozeur.—Vestigios cristianos.—Ruínas.—La mezquita, 302.—XVI, El desierto y el oasis.—Las fuentes de Tozeur.—Un azufaito gigantesco.—Nefta.—La esclavitud.—El Mokkadern de El-Udiana.

- El hachich. —El espejismo, 324. —XVI, Una noche en Gurbala. —El Hafey. —Fedjedj. —Metuia. —Gubes, 351. —XVIII, Gabes. —La ciudad antigua. —Su importancia. —El mercado de Djara. —Las casas de Menzel. —Chenini. —Recepción en una familia. —El Kanun, 375. —XIX, Los beni-zid. —El país de los Ksurs. —El Araad. —Los lotófagos. —Los trogloditas de Hadege. —El zagrit, 377. —XX, Los djebalias. —Costumbres de los bereberes. —La cruz picada. —Matanata. —Beni-Zalten. —Metameur, 398. —XXI, Los nómadas uergemmas. —Los pulpos. —400. —XXII, El Sahara. —La musulmana de Bir-el-Ahmeur. —Los ksurs abandonados, 422. —XXIII, Fum-Tatahuina. —Beni-Barka. —La danza de los negros, 447. —XXIV, La táctica de los nómadas. —Los akaras. —Zarzi. —Ultima jornada. —Djerba. —Ajun. —Humt-Suks. —Sfax. —Susa. —Conclusión, 472.
- Egipto.** —Los últimos prisioneros de los mahdistas, 42.
- Viaje al Sinai:* Puerto Said y el istmo, 517. —Las primeras estaciones del Exodo, 543. —El paso del mar Rojo, 545. —El paso del mar Rojo y los descubrimientos modernos, 565. —En Suez, y su partida, 566.
- Africa Central.** —La astronomía en el Africa Central, 168.
- Africa Austral.** —Las Misiones de Basutolandia, 55. —La Misión de San José de Nyamusua. —Entronización de un reyezuelo. —Inauguración de un monumento en honor de San Francisco Javier, 195. —Visita de un pueblo del Bajo Zambeza. —Detalles conmovedores, 220. —La Misión de Baroma, 366. —Dificultades de la Misión de Zambeza. —Diferentes razas de indígenas, 488.
- Africa Ecuatorial.** —Rescate de esclavos en Tanganika, 8.
- Africa Occidental.** —*De Porto Novo á Oyo, en Febrero y Marzo de 1891*, 40, 67, 87, 111, 135, 158 y 182.
- Viaje de los misioneros en las islas Canarias*, 236.
- La Misión de Dos Guineas y la Esclavitud:* Los primeros misioneros. —Guerra práctica á la esclavitud, 510. —Algunos rasgos de crueldad inaudita, 536. —Desarrollo de la Misión. —Nuevas fundaciones, 560.
- Golfo de Guinea.** —Rescate de niñas africanas, 28. —Primera Comunión de niños indígenas, 103. —Miseria de los indígenas. —Caridad de los españoles, 171. —Doble objetivo de los misioneros. —Estado deplorable de Fernando Poo. —Apertura de una escuela. —Procesiones. —Acto literario. —Primer matrimonio, 193. —Civilización de los bubis fernandianos. —Casa-Colegio de Banapá. —Casa-Misión de San Carlos, 218. —Un tornado, 358. —Excursión marítima al rededor de Fernando Poo, 455. —Escenas conmovedoras, 507.
- Misiones de Fernando Poo:* Nuevas noticias, 241. —Primer viaje del reverendísimo Padre Prefecto, 268. —Viaje del reverendísimo P. Ramírez al Gabón, 290. —Misión de Annobón, 291 y 485. —El plato más exquisito de los fernandianos, 315. —Mujer bubí en Fernando Poo, 314. —Fundación de la Misión de Corisco y Cabo San Juan, 340. —Primeros frutos de la Misión católica, 364. —Isla de Corisco, 411. —Fundación de la Casa-Misión de San Carlos, 436. —Aprendizaje de un misionero, 459. —Misión de Cabo San Juan, 531. —Bahía de la Concepción, 554.
- Africa Oriental.** —El hambre en Abisinia. —Movimiento de conversiones, 7. —La persecución en Uganda, 30 y 82. —Ultimas noticias de Uganda, 104. —Estado de la Misión de Abisinia, 217. —Firmeza en la fe de los cristianos de Uganda, 315. —Situación de los católicos de Uganda, 439.
- América Septentrional.** —Misión de Alaska. —Viaje del obispo Seghers en 1877. —Segundo viaje en 1886. —Asesinato del Arzobispo. —Proceso y castigo del traidor, 150. —Visita á las islas de las focas. —Vuelta á San Francisco de California. —Viaje de los Padres en el centro de Alaska, 172. —Llagas morales de Alaska. —Los mineros. —Los misioneros protestantes y rusos, 197. —Noticias sobre Alaska. —Sus habitantes y costumbres, 223. —Primeras obras apostólicas en Nuklukayet y Nulato. —Lengua y costumbre de los indios. —Los doctores esquimales, 244. —Las Hermanas en Alaska. —Estación de Holy-Cross, 292. —Educación en Holy-Cross. —Primeros frutos. —Heroísmo de una Religiosa, 319. —Comienzos de la Misión en el Cabo de Vancouver, 345. —Una excursión apostólica por la estación invernal, 370. —Estación de Nulato. —Excursión á Nuklukayet, 396. —Escasez de misioneros.
- Estados Unidos.** —Trabajos de los misioneros en el Territorio Indio de los Estados Unidos. —Obras nuevas. —El noviciado. —Escuela para los negros, 10. —La cuestión escolar ó de la enseñanza religiosa en los Estados Unidos, 203. —El Catolicismo en la Exposición Universal de Chicago, 209. —Carta de Su Santidad León XIII al cardenal Gibbons, 327. —El barrio chino en la ciudad de San Francisco de California, 334. —Convento de la Rábida en Chicago, 358.
- Convento mejicano en los Estados Unidos, 403. —Una colonia de polacos católicos en los Estados Unidos, 429. —El Congreso de las Religiones en Chicago, 501.
- Los indios en las llanuras de la América del Norte:* La vivienda de los salvajes, 563.
- Méjico.** —La Propagación de la Fe y el Ilmo. Terrién, 129. —La Obra de la Propagación de la Fe en Méjico, 227. —Los Delegados de la Propagación de la Fe en el país de los aztecas, 343. —El Citlaltépetl, 383. —Felices resultados de la misión de los Delegados de la Obra de la Propagación de la Fe en Morelia, Patzcuaro y Tacambaro, 389. —Las haciendas mejicanas, 415.
- América Central.** —Probable fundación de un nuevo obispado, y de Misiones para convertir á los indios del Yucatán (Honduras), 11.
- América Meridional.** —Nuevos neófitos en la Tierra del Fuego —Audiencia pontificia, 14. —Los indios cristianos del Perú, 57. —Fundación del pueblo de Santa Ana de Zamora. —Ignorancia de los salvajes, 148. —Excursión apostólica por la cordillera de los Andes, 222. —Estado de las Misiones entre los infieles del Perú. —Prácticas bárbaras de los indios, 242. —Excursión apostólica al territorio de la Gongira y Sierra Nevada, 318. —Los Padres Redentoristas entre los indios del Perú, 367. —Excursión á los *campas*. —Las supersticiones, 416. —Misiones de Araucania. —Id. de Guarabos, 418. —La conversión de la Patagonia y de la Tierra del Fuego, 442. —Progresos de la Misión del Ecuador, 462. —Viaje entre volcanes, 489. —Nombres de Maria en la lengua de los *coyas*, 503. —Lazareto de Agua de Dios en Colombia, 522. —La primera Misa de rito maronita celebrada en el santuario de Luján, 523. —Desembarco en la Tierra del Fuego —Un cacique, 534. —Excursión para fundar un pueblo, 566. —Misiones Salesianas en Rawson. —Conquista de la Religión sobre la barbarie, 559.
- Oceania.** —Una visita á los leprosos de la isla de Molokai, 128. —Misiones de los reverendos Padres Capuchinos en las Carolinas. —Trabajos y frutos de los misioneros en Yap, Ponapé y Palaos, 320. —Aparición milagrosa de una cruz en las islas Fidji, 407. —Las islas Salomón, 408. —Recepción del Ilmo. Vidal en Rotuma, 466.
- Filipinas.** —Feliz conversión de todo un pueblo, 59. —Misión franciscana de Samar, 199. —Religión, falsas creencias y raras costumbres de la raza montés, 462 y 490.
- Nueva Guinea.** —Llegada del Ilmo. Navarre á Yula. —Progresos de la Misión. —El sepulcro del P. Jeannet. —La etiqueta en Yula, 201. —La estación de Pinupaka. —Un domingo en la Misión. —Las industrias del H. Juan. —Salida para Mohu, 225. —Mohu. —La campana del Carmen. —El culto de los muertos. —Iglesias, 226. —En camino hacia Bereina. —La estación de Bereina. —Salida hacia Inawui, 247. —La mujer fuerte de Inawui, 271. —Aipeana. —El baile. —Regreso á Inawui, 294. —Estación de Jesús-Baibua. —Aldea de Babiko. —El domingo en Puerto León, 295.
- Nueva Pomerania.** *Las islas:* Posición; Extensión; Descubrimiento; Formación geológica; Volcanes; Clima, etc., 496. —*Los indígenas:* Población; Raza; Alimentos; Vestidos; Habitaciones; Trabajo; Industria; Lenguas; Creencias, 514. —Supersticiones; Familia; Cartas; Guerra; Antropofagia, 538.

Al lector, 1.

S. Ema. el cardenal Ledochowski, actual prefecto de la Propaganda, 2.

Nuestra Señora de Lourdes en las Misiones, 22.

Fanatismo judaico, 35, 231, 275, 372.

Decreto sobre la beatificación de los siervos de Dios Rodolfo Aquaviva y compañeros mártires, de la Compañía de Jesús, 43.

S. Ema. el cardenal Lavigerie, 44.

Cuadro general de los trabajos apostólicos en 1892, 49.

Las bodas de plata de *Les Missions Catholiques*, 51.

El Judaísmo y el Masonismo, 68.

La dignidad episcopal, 74. —Títulos de los Obispos, 97. —Consagración episcopal, 121. —Ornamentos episcopales, 145.

El Mahdismo, 91.

La Exposición de Chicago, 92.

Renacimiento católico en Africa, 114.

Recuerdos del cardenal Lavigerie, 138.

Un mártir de la fe, 152.

Los misioneros juzgados por sus enemigos, 153.

Estado actual de las Misiones franciscanas, 174.

Razas enteras de negros exterminados por los blancos, 183.

Ordenes y Congregaciones religiosas de varones de la Iglesia católica, 235.
 La vida rural en Suecia.—Cómo se casan los hijos del Norte, 239.
 Breve de Su Santidad sobre los Estudios bíblicos, 251.
 La conversión de herejes é infieles, 259.
 España y su política con los indios, 284.
 Progreso de la idea de unión de las Iglesias griega y rusa con la Iglesia católica, 306.
 Las Misiones y la ciencia, 329.
 Uno de tantos, 331.
 Bula de beatificación de los últimos Mártires dominicos, 347.
 Cuenta y razón de la Obra de la Propagación de la Fe en 1892, 352.
 La Iglesia y los leprosos, 354.
 El Museo de la Obra de la Propagación de la Fe, 359.
 Heroísmo desconocido, 402.
 La inscripción de Abercio ofrecida al Papa por el Sultán de Turquía, 427.
 Las Misiones católicas del Extremo Oriente, 519.
 Las Misiones Salesianas, 547.
 El senador Sherman y los indios, 551.
Variedades.—Las sociedades secretas en China, 23.—Un elefante blanco, 24.—Los cazadores de serpientes, 48.—Una ciudad enterrada, 48.—El niño esclavo, 71.—Hendidura de la piedra del Calvario;—Respeto á los maestros, 72.—El tullido de Mao-kiao-wo-tse, 95.—Una ciudad prehistórica;—Plantas luminosas, 96.—Grutas y cavernas, 117.—Las cruces de Quezalcoatl, 118.—El lenguaje silbado, 119.—Fúnebres en la antigüedad, 142.—La caza del gorila.—Frescura china, 143.—La eficacia de una Misa, 165.—Los volcanes, 188.—Los azotes, 190.—Un niño muerto, 191.—Los salvajes, 213.—El boxeo.—Efecto curioso de la escritura en los salvajes, 214.—Templos de Elora, 240.—Una fábula abisinia, 263.

—Los monjes y el monasterio de San Bernardo, 288.—Un monasterio de la Trapa.—Una caza al tigre en el Turkestan, 311.—El fondo del mar, 312.—El pájaro orquesta, 359.—Siam, 384.—La Providencia, 408.—La moneda americana, 478.—Un falso mendigo, 478.—La danza de la cuerda en Ceilán, 502.—Melilla, 503.—El Riff, 526.—Recuerdos del cardenal Lavigerie, 527.—Dos épocas, 568.

Crónica.—En todos los números.

Bibliografía.—Páginas 168 y 215.

Necrología.—Del Rdo. P. Francisco Ravary, de la Compañía de Jesús, misionero en Kiang-nan, 72.—Del Rdo. P. José Mollinger, misionero en los Estados Unidos, 72.—Del eminentísimo cardenal Gaspar Mermillod, 120.—Del Ilmo. Juan Marango, arzobispo de Atenas, 120.—Del Ilmo. Estanislao Verjus, coadjutor del Ilmo. Navarre, 144.—Del M. Rdo. Padre Antonio María Anderledy, general de la Compañía de Jesús, 215.—Del Ilmo. Andrés Chinchón, de la Orden de Santo Domingo, vicario apostólico de Amoy y Formosa, 216.—Del Rdo. P. Isidro Vila, C. M. F., superior de la Misión de Annobón, 216.—Del Ilmo. Juan F. Laouenan, 240.—Del Rdo. P. Remigio Buselli, M. O., 264.—De los RR. Padres Fr. Feliciano Moral y Fr. Rufino Redondo, agustinos, 336.—Del Ilmo. Le Berre, vicario apostólico de Dos Guineas, 360.—Del Rdo. P. Boutry, delegado de la Obra de la Propagación de la Fe, 360.—Del Ilmo. Anacleto Chicaro, arzobispo de Emesa, 384.—Del Ilmo. Mac-Intyre, obispo de Charlottetown, 432.—Del reverendo P. Fr. Rodríguez Fontella, franciscano, 456.—Del Ilmo. Charbonnel, capuchino, 470.—Del Rdo. P. Nicolás Maurón, 480.—Del M. Rdo. Padre Dionisio Casanovas, franciscano, 504.—Del P. Miguel Lucio, franciscano, 572.

GRABADOS QUE CONTIENE ESTE TOMO

RETRATOS

Su Santidad León XIII, 73.
 Emmo. cardenal Ledochowski, prefecto de la Propaganda, 5.
 cardenal Lavigerie, arzobispo de Cartago, 36.
 cardenal Vaughan, 81.
 cardenal Mermillod, 97.
 Ilmo. Van den Bosch, arzobispo de Agra, 16.
 Goethals, S. J., arzobispo de Calcuta, 49.
 Verjus, obispo de Lymira, 121.
 Fallize, vicario apostólico de Noruega, 169.
 Laouenan, arzobispo de Pondichery, 217.
 Grivé y Cuni, obispo de Perth, 265.
 Maciá y Vidiella, obispo de Loja (Ecuador), 289.
 Aguirre y García, obispo de Lugo, 315.
 Le Berre, vicario apostólico de Dos Guineas, 337.
 Jausen, obispo de Axieri, 361.
 Mac-Intyre, obispo de Charlottetown, 409.
 Chausse, vicario apostólico de la Costa de Benín, 433.
 Armando Charbonnel, capuchino, 457.
 García Alcocer, franciscano, obispo de Cebú, 481.
 Pinchón, vicario apostólico del Su-tchuen, 505.
 Clerc, misionero de San Francisco de Sales, obispo de Vizagapatam, 529.
 Labastida, arzobispo de Méjico, 553.
 M. Rdo. P. Martín, franciscano, 145.
 Anderledy, general de la Compañía de Jesús, 193.
 Rdo. P. Castellanos, de la Orden de Menores Conventuales, 241.
 Rdo. Kho, lazarista chino, 385.

VISTAS, MONUMENTOS, TIPOS, ETC.

Italia.—Religioso del monte San Bernardo, 277.
Bulgaria.—Tipo de búlgaro, 304.
 Tipo de búlgara, 305.
Turquia.—Vista de Eriván, 332.
 Mezquita de Nebi-Yunas, 380.
 Vista de Scutari, 452.
Siria.—Fuente del Nahr-Ibrahim, en el Líbano, 17.
 Príncipe maronita y su sirviente, 20.
 Cedros del Líbano, 416.
Tierra Santa.—Estado actual de Sebaste, antigua Samaría, 112.

Resurrección de Lázaro, 132-133.
 Betfage, cerca del Olivete, 136.
 El torrente Cedrón, 137.
 Betania, donde Nuestro Señor Jesucristo resucitó á Lázaro, 140.
 Vista de Jerusalén, 160.
 Vista de una calle de Jerusalén, 160.
 Plaza y calle de Jerusalén, con pórticos, 161.
 Monte Olivete, 161.
 Mezquita de Omar, en Jerusalén, 164.
 Garizín, montañas de Samaria, 184.
 Nazaret, 377.
Persia.—Joven armenia en su casa, 176.
 Familia armenia al rededor del *karsin*, 177.
 Joven aprendiz sujeto al castigo del *felekeh*, 180.
China.—Pequeño *Kue-sin* sobre el *Lon-men*. El *Hiang-deu* de familia, 251.
 Puente adornado con un trofeo religioso, 353.
 Catedral de Tong-ka-du, 257.
 El ídolo *Kue-sin* de los literatos, 276.
 La gran procesión de penitencia pagana en Chang-hai, 300.
 Ceremonias paganas en Chang-hai, 329.
 La canga china, 349.
Mongolia.—Martirio del sacerdote chino Lin en San-che-kin-tze, 101.
Japón.—Una calle de la ciudad de Kiyoss, después del terremoto, 8.
 El puente de Iwakuni, 188.
 Una consulta, 280.
 El médico-farmacéutico, 281.
Cochinchina.—Iglesia de Cau-kho, 297.
Birmania.—Familia velluda de Mandalay, 308.
Indostán.—Casa de un misionero en Kottiar, 89.
 Iglesia de San Francisco Javier, en Gotchanur, 92.
 Templos indios de Elora, 233.
 Benares, 266.
 Bailarines del diablo, 397.
 Monasterio búddico y «Dagoba», 400.
 Sacerdotes buddistas, 401.
 Ruina de una estatua colosal de Gautama, 404.
 Funerales de un monje buddista, 417.
 Un monje buddista llevado en carro en forma de barca, 420.
 Horno para la cremación del cadáver de un monje buddista, 421.
 Vista de un camino en las montañas de Kadugannawa, 440.

Vista del famoso Pico de Adán, 441.
Pagodas, 444.
Altar búddico, 445.
Ruinas de la gran pagoda de Mingoón, 449.
Iglesia de San Patricio en Molligoda, 465.
La danza de la cuerda en Ceilán, 492.
El templo de Konnaiser, en Trincomalia, 512.
Ensenada del puerto de Trincomalia, 513.
Exposición en Goa del cuerpo de San Francisco Javier, 540.

Arabia.—Beduinos del Sinaí, 564.

Argel.—Capilla y residencia de Biskra, 468.

Túnez.—Puerta de Francia, 9.
Galería del Suk de los Perfumes, 12.
Suk de los Perfumes, 13.
Una calle de la ciudad de Túnez, 25.
Mezquita de Becemkia, 29.
Mezquita de Bab-el-Djira, 32.
Catedral de San Luís, 33.
Acueducto romano de Zaghuán, 53.
Pilares del acueducto púnico, 56.
Jóvenes árabes y su asno, 57.
Arco de triunfo en Zaghuán, 60.
Una calle de Zaghuán, 61.
Ruinas del Nymphæum de Zaghuán, 77.
Joven berebere, 80.
Encuentro de una caravana en el desierto, 81.
Bab-el-Tunis, puerta de Keruán, 104.
Zankat Tuila, calle Mayor de Keruán, 105.
Mezquita mayor de Keruán, 125.
Mercado de Keruán, 128.
Mezquita y patio de Sidi-Mohamed-ben-Aissa, en Keruán, 129.
Una judía y dos mujeres árabes de Keruán, 149.
Mujer del campo y mujer de la ciudad, 173.
Ruinas de Djilma, 197.
Ruinas de la puerta, del patio y de los templos de Sbeitla, 200.
Arco de triunfo en Sbeitla, 201.
Ruinas de los baños romanos de Telepta, cerca de Feriana, 221.
Grupo delante de la ciudadela de Gafsa, 245.
Árabes aguardando el fin del ayuno, 248.
El Sr. Drumont de viaje en el *araba*, 249.
Matrona rica de Gafsa hilando lana, 252.
El Sr. Hebrard en camino del oasis de Gafsa, 269.
Cosecha de dátiles en El-Hamma, cerca de Gabes, 273.
El guía Mohamed, las piscinas y los oasis de El-Hamma, 293.
Alminar inclinado y mezquita de Tozeur, 296.
Casa de toba en Tozeur, 296.
El Sr. Hebrard en la cabaña de un príncipe, en el oasis de Tozeur, 317.
Canal y entrada del oasis de Tozeur, 320.
Los jardines de Mokkadem en El-Udiana, 341.
Las gacelas del comandante Lefebvre, en Gafsa, 344.
Las orillas del Gabes, 345.
Campamento de nómadas en Djara, 348.
El mercado de Djara, en Gabes, 365.
Una calle de Chenini, 368.
Campamento de El-Hamma, 369.
Mujer troglodita, 372.
Guía cazando por el camino de Beni Zalten, 389.
Vista general de Medenina, Ksar y campamento francés, 392.
Última escarpa del Sahara, 413.
Ksar de Duiret, 437.
Una familia de akaras, en Zarzis, 461.
Los tres viajeros de Cartago por el Sahara, 464.

Egipto.—Entrada del canal marítimo, 521.
Iglesia de Padres Franciscanos y paseo de Lesseps, 524.
Canal de agua dulce en Ismalia, 560.

Puente volante sobre el canal marítimo en El-Kanara, 561.

Africa Meridional.—Entronización del reyzeulo de Nyamusua, 204.
Guerrero mutuo haciendo evoluciones.—Guerrero landino haciendo pantomimas guerreras.—Indígenas de Inumbane.—Guerrero cubierto con pieles de tigre y león.—Jefe indígena, su mujer é hijo, 205.
Pueblos cafres, 209 y 225.
Puente pintoresco sobre el río Nyanombé, 232.
Molino para caña de azúcar, 236.
Tipos diversos del distrito de Inhambana, 492.

Africa Occidental.—Interior de una casa de Taketé 41.
Mercado de Kuti, 44.
Koko, el valiente cazador, 65.
Mujeres del rey Apadu ofreciendo al misionero pollas y acassas, 68.
Alto y comida de la caravana, 84.
Tipos de negros de Porto-Novo, Atedja, Taketé y Ketu, 85.
El *lari* postrándose ante un fetique, 88.
Mujeres fetiquistas saludando al *fetiquista* de los blancos, 108.
Una negra presentando acassas al misionero, 109.
El río Ogún, cerca de Oyo, 153.
La multitud y dos diablos invadiendo el patio del misionero, 156.
Un incendio en Oyo, 157.
Paisaje de Gabón, 509.
Plaza de Librevilla, 537.
Bosque de Lambarené, 557.
Misión de San Francisco Javier, en el Ogowé, 572.

Africa Oriental.—Camelleros del Alto Egipto, 36.
Modo de combatir de los guerreros abisinios, 228.
Verdadero traje de los sacerdotes abisinios, 229.

Madagascar.—Sendero y triple puerta de Ambohimanjaka, 321.
Tocados diversos de los betsileos, 324 y 325.

Islas Canarias.—Catedral y ciudad de las Palmas, 372.
Aldea de Santa Brigida, 376.

América Septentrional.—Un pope ruso, 212.
Tipos de indios siux, etc., 565 y 569.
Wigwams de los indios, 568.

Méjico.—El Xinantecatl, ó Nevado, de Toluca, 349.
Una calle de San Andrés de Chalchicomula, 352.
El Citlatleptl, ó pico de Orizaba, 353.
Pico de Popocatepetl, 356.
Acueducto y calzada de Guadalupe en Morelia, 393.
Jinete mejicano en traje de charro, 425.
Indio sacando hidromel del magüey, 425.
Vista de la hacienda de San Blas, 428.

América Meridional.—Volcán de Antisana, en el Ecuador, 185.

Oceania.—Paisaje de la isla de Java, 181.
Un paisaje de Australia, 284.
Trajes de guerra de los habitantes de Rotuma en las islas Fidji, 469.
Vista de Rotuma, 473.
Islote del grupo de Rotuma, 476.
Un paisaje de las islas Salomón, 485.
Vista de Matupi, 489.
Vista de Fins-Hafen, 497.
Volcanes *El Padre* y *El Hijo*, 500.
Tipos diversos, 516.
Tipos indígenas de Bahía Blanca, 517.
Preparativos para un festín de canibales, 533.
Un festín de canibales, 536.
Piragua, brazalete, adorno, quilla, sapaya, estatuas pica-das, escultura, dibujo guerrero, 539, 545 y 548.
Combate singular entre dos jefes salvajes, 541.

Gruta de estalactitas y estalacmitas, 113.

Galería principal de una gruta en los países polares, 116.